3252

LOS DESHEREDADOS

DRAMA EN TRES ACTOS

Y UN EPÍLOGO

ORIGINAL DE

D. JOSÉ NOGUÉ ROCA

Estrenado con éxito en el TEATRO NUEVO RETIRO
la noche del 22 de Diciembre de 1900.

Precio: 2 Ptas.

BARCELONA

IMPRENTA «LA CATALANA,» DE J. PUIGVENTÓS
Calle de San Rafael, 7
1901

LOS DESHEREDADOS

DRAMA EN TRES ACTOS

Y UN EPÍLOGO

ORIGINAL DE

D. JOSÉ NOGUÉ ROCA

Estrenado con éxito en el TEATRO NUEVO RETIRO
la noche del 22 de Diciembre de 1900.

BARCELONA

IMPRENTA «LA CATALANA,» DE J. PUIGVENTÓS
Calle de San Rafael, 7
1901

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JOSÉ	Sr. FAGES
GERTRUDIS	Sra. Blanca.
ROSITA	» Tarés.
CRIADA	Srta. Pujolá.
JAIME	Sr. Llorente.
CÁRLOS	» Ballart.
CHISPA	» Espinosa.
BARÓN	» Olivar.
CRIADO	» Bonnin.
CARTERO	» García.

Director: D. JOSÉ FAGES

Este drama es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, traducirlo, representarlo ni reimprimirlo en España, posesiones de Ultramar, ni en los puntos en los cuales se hayan celebrado ó se celebren posteriormente á esta publicación tratados internacionales de propiedad literaria.

La *Galería Lirich-dramática Regional,* es la única encargada para conceder ó negar el permiso de repesentación y cobro de derechos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

La escena representa la casa de un obrero. Al fondo, la puerta de entrada del piso; á los lados, puertas que conducen á los dormitorios y, en último término, á derecha é izquierda, la puerta de la cocina.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ, GERTRUDIS, JAIME

(José tiene una pierna apoyada sobre una silla. Cojea al andar. Gertrudis cose.)

JAIME. Crea usted que me alegro de la mejoría. No pensé verle bueno tan pronto.

JOSÉ. Tres meses me he llevado en la cama.

JAIME. Sí; pero no se hace usted cargo de que si fué larga la enfermedad, también el mal era mucho.

JOSÉ. De sobra lo sé. No me figuraba yo poder utilizar más esta pierna.

JAIME. ¡La pierna! El estado..... lastimoso en que le trajeron. ¡Aquella modorra, aquel delirio!...

JOSE. De eso apenas si me acuerdo. Solo me parece ver aun los visajes y signos de inteligencia de los médicos, que parecían decirme: «¡Adiós pierna!» ¡Vaya un consuelo! Y, entre mis sufrimientos, mi imaginación escitada parecía decirme: «y cuando ya no la tengas, no te faltará una patente para pedir limosna.»

JAIME. Eso... ¡nunca!

JOSÉ. ¿Por qué?

JAIME. Considere usted que su principal le da pruebas de ser

672395

muy generoso, y así como le paga hoy médicos y medicinas, á más del sueldo semanal, si llegase el caso de quedarse usted imposibilitado para el trabajo, no le dejaría en mitad de la calle, no le faltaría á usted de que comer.

JOSE. Jaime, es usted muy cándido. Es que esta generosidad del patrono, tiene su intríngulis: ¿no vé usted que, si al fin y á la postre estalló la caldera de la fábrica, no fué debido á que la sujetasen á una presión mayor de la que podía dar de sí, ni por las pésimas condiciones en que se encontraba, ni porque la obligasen á prestar doble fuerza de la que racionalmente podía? ¿No vé usted que, lejos de todo eso, soy yo únicamente el culpable de todo?

JAIME. ¡Usted? Pues si era cosa corriente que la caldera cualquier día haría una de las suyas.

JOSÉ. ¡Pues ahí está! Por las declaraciones que presté á raiz del suceso, soy yo el único responsable de la desgracia.

JAIME. ¿Y por qué las dió usted?

JOSÉ. ¡Pero, si no dí ninguna!... ¡Bah! Menos trabajo!... Ahí tiene usted, la generosidad que tanto alaba!... ¡Generosidad!...

JAIME. Me parece que toma usted no muy buen camino, porque, como hoy el que tiene dinero...

JOSÉ. Procura guardárselo, y siempre es más fácil tapar la boca á un pobre de veras que la de un pobre de levita ó la de uno que no sea pobre y quiera hacerlo.

GERT. Tu siempre con tu manía. Razón que le sobra al señor Jaime. A no haber sido por tu amo, apurados nos hubiéramos visto para salir adelante con tanto gasto como se nos echó encima; con lo que las hermandades dan, para nada hubiéramos tenido.

JOSÉ. Al hospital entonces.

GERT. Dios nos conserve tan santa casa... pero líbrenos de tener que ir á ella.

JAIME. Es cierto señá Gertrudis; eso está bien para el que no tiene familia ni hogar; mas para quien la tiene... es horroroso.

JOSÉ. Sí; pero cuando no hay otro remedio...

JAIME. La Providencia ayuda.

JOSÉ. En forma de amo, que nos hace decir la verdad á la medida de su conveniencia.

GERT. Pero tú ¿en qué sales perdiendo? El mal ya lo tienes en-

cima, y ni jueces, ni alguaciles podrán quitártelo ni nos quitarían á nosotros el hambre. ¡Vaya unos sujetos! Donde ponen el pié, ni los clavos de las paredes se libran de sus uñas!

JOSÉ. Eso pasará en China. Aquí? Ni por soñación!

GERT. En donde sea: pero así se oye decir á quien de ello le escuece.

JAIME. Todos se quejan.

JOSÉ. Porque nadie está bien.

JAIME. Tiene que haber pobres y ricos.

JOSÉ. Nada me importa que haya ricos. Pero no paso porque haya pobres á quienes falte lo necesario para vivir, y no tengan más esperanza, al llegar á la vejez, ó al verse imposibilitados para el trabajo, que el refugio del Hospicio... si es que por suerte allí les acojen.

JAIME. Pero ahorrando...

JOSÉ. Sí, haciendo como usted, que para ahorrar... no tiene más que un hijo!

JAIME. No como usted, que, no contento aun con los suyos, carga con los ajenos.

JOSÉ. Pues mire, esto constituye mi orgullo.

GERT. Usted, señor Jaime, contará su dinero con fruición, con deleite... nosotros nos regocijamos con nuestra familia, y, al amparar á Rosita, que es á quien usted se refiere, no hicimos más que cumplir con una obligación, evitando que en su orfandad la pobre niña tuviera que refugiarse en algun asilo...

JAIME. (Irónico.) ¡En un asilo! ¡Cómo si allí no trataran bien á los albergados y no les dieran de comer! ¡Hombre, no exagerar!

JOSÉ. Pero aunque allí no les falte nada y se les atienda, que es mucho conceder, no pueden formarles el corazón, que esta, es santa labor de las madres, á quienes solo puede sustituir otra mujer que lo haya sido.

JAIME. Pues, ¿y los ricos que internan á sus hijos en los colegios y allí los tienen á veces hasta terminar su carrera? ¿No es el mismo caso por ventura?

JOSÉ. Sí, pero fíjese usted en los frutos que reportan: el más espantoso egoismo rige los actos de esos hijos, así se trate del prógimo en general como de sus mismos padres. Desengáñese usted, Jaime; tan solo una madre forma el corazón de un hijo, y así, en los seres educados lejos del

calor de la familia, raramente se ve un acto de caridad ó de desprendimiento generoso. ¡Aunque no parece sino que hoy todo el mundo se haya criado en pensiones ó en hospicios, cuando por haber amparado la orfandad de mi sobrina, se burla la gente de mi... si es que no hace aun peor.

JAIME. No cabe duda que este acto le honra á usted; pero...

JOSÉ. Pues si me honra, no hablemos más de ello.

JAIME. Es que la caridad bien ordenada...

JOSÉ. Hace tiempo que conozco esa máxima; empieza por uno mismo.

JAIME. Sí, pero no la practica usted. Si la hubiese usted tenido presente, tal vez su hijo no fuera soldado ahora.

JOSÉ. ¡Si sois unos profetas de mentirijilla! Cuando mi hijo entró en quintas, todos decían: «¡Si no ha de servir más que tres años y quizá menos!... ¿Quién paga seis mil reales? Fuera una tontería. Además, el chico es instruido y le harán cabo enseguida, y llegará á sargento...» Y así pasó, y José ha acertado, y José ha sido un sabio... Pero, sucede que le llaman después como reservista, y ya no hay sabio, ni acierto y todo se vuelven reproches porque antes no contraje deudas para redimirle del servicio.

JAIME. Pues yo en su lugar de usted me hubiera empeñado.

JOSÉ. ¡Usted!... Vamos, hombre, como si no nos conociéramos. No me saque usted de quicio. Usted hubiera dado su hijo por los seis mil reales.

JAIME. Hará usted que me incomode.

JOSE ¿Cree usted que me da mucho gusto tener á mi hijo en Cuba expuesto á contraer mortales enfermedades, y á que me le inutilicen ó maten de un balazo, por defender á una patria que, más que patria, es ya patrimonio de cuatro políticos sin sentido común... Ni estos, ni los que han sacado el jugo á las colonias irán á defenderlas: para eso está la carne de cañón: el hijo del pueblo.

JAIME. Siempre lo mismo. ¡Guerra á los ricos!

JOSÉ. ¡Guerra á los pobres! Así no hubiera uno. No estamos de acuerdo, pues mientras usted cree que debe haber pobres yo quisiera que no. A ver lo que hacían entonces los ricos. Pero mientras haya bestias de carga habrá siempre quien maneje el látigo.

GERT. Bien, bien, dejad esta conversación porque al fin y á la postre, acabaríais por enojaros como siempre.

JOSÉ. Tienes razón. Por mí, punto final.

JAIME. Y por mí. Pero... ¡Pobres de nosotros si no hubiera ricos!

JOSÉ. Pues mire usted, si me aseguraban el pan cotidiano para siempre, trabajando se entiende, no quiero limosnas, nadie sería mejor partidario que yo de ellos. Entonces estaríamos iguales.

JAIME. ¿Cómo iguales?

JOSÉ. Porque, lo mismo que yo, no cenarían dos veces.

JAIME. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! Tiene usted razón!

JOSÉ. Y que usen si quieren botitos de charol; mejor para los callistas. ¿Que cambian de modas á cada semana? Mejor, así todos trabajan.

JAIME. Ve usted como estamos de acuerdo?

JOSÉ. Eso, segun y como. No cante usted victoria. De acuerdo, mientras nos dejasen comer y vivir, como usted, que vive en el mejor de los mundos posible, sin temor á lo porvenir.

JAIME. Al que cumple con su deber nunca le falta trabajo.

JOSÉ. Bonita teoría. Y, cuando llegue á viejo ¿podré cumplir con él? ¡Hombre, si dejé el taller de cerrajería para encargarme de la máquina, no porque me falten fuerzas, sino porque no sería ya tan apto para el oficio como los jóvenes de treinta años á causa de la vista!

JAIME. Siempre servirá usted para algo.

JOSÉ. Cierto. Para comerme el poco pan que puedan tener mis hijos, ó para pedir limosna si es que me lo permiten.

GERT. ¡Qué testarudo eres José! Nunca te apeas de tu burro! ¿Faltó algo á tu padre viviendo con nosotros?

JOSÉ. ¡Pche! Tuvo solo lo necesario para no morirse de hambre como nosotros mismos.

JAIME. ¿Queríais, tal vez, comer todos los días puchero con gallina?

JOSÉ. (Con entereza.) ¿Y por qué no si fuera necesario para el sostén de la vida, para reparar las fuerzas consumidas por el trabajo?

GERT. La comes ya cuando estás enfermo. No seas ambicioso. Más vale buen apetito que buena pitanza.

JOSE. Tienes razón y aun te sobra, mujer. Con que haya salud y trabajo, nuestro modesto puchero nos sabe á gloria y... gracias que no falte.

JAIME. Sí, amigos míos conformaos con vuestra suerte, y sereis dichosos.

JOSÉ. ¡Cómo se conoce que la obligación de usted de abrir la puerta á los empleados del Banco, vale muy poco cuando con tan poco se contenta! ¡Es natural!

GERT. Dichoso él, que sin oficio encontró trabajo seguro y bien retribuido.

JAIME. Dios me lo conserve.

JOSÉ. ¡Oh! Es que á sus amos, los banqueros, como les va bien manejando los capitales ajenos, no les importa dar alguna migaja á los peces chicos, que como este, en su condición de criado con uniforme dan importancia á la casa.

JAIME. Cada palabra de usted hace una roncha.

JOSÉ. ¿Muerdo siempre? Eh?

JAIME. Fortuna que sus mordiscos se quedan á flor de piel.

JOSÉ. Pero yo no entiendo que en una sociedad bien organizada pueda haber más que productores ó gente que trabaje: los que median entre el productor y el consumidor, son ruedas inútiles y más que inútiles perjudiciales, puesto que encarecen los artículos.

JAIME. En fin que usted es un socialista empenernido y fe mía que es de lamentar, teniendo usted como tiene, tan buen corazón.

JOSÉ. Pues por eso...

JAIME. Ya cambiará, ya. Los desengaños...

JOSÉ. Y la necesidad. A la vista teneis el ejemplo. Las calderas tenían más remiendos que la capa de un pobre; estaban requemadas y casi inútiles por la doble presión á que se las sometía... Pues bien; todo eso es mentira: del accidente tuve yo la culpa por echar agua fría estando las calderas al rojo. ¿No veis como voy cambiando, vendiendo hasta mi conciencia por un pedazo de pan; pero no para mí, sino para mi familia? Solo que obro así, porque mi conciencia me dice que yo no tengo libertad, que mi libertad depende del bolsillo del burgués, y eso me subleva, mientras que usted, Jaime, no: usted soporta el yugo sin protestar.

JAIME. Lograría algo con ello?

JOSÉ. (Con desconsuelo.) ¡Nada! (Transición.) ¿Y Rosita? ¡Es estraño que no esté ya aquí!

GERT. Como hoy es día de cobro...

JOSÉ. ¡Ah, ya!

GERT. También es estraño que el señorito Cárlos no haya venido con el semanal. Han dado ya las ocho, y á esta hora...

JAIME. No haga caso. Según tengo entendido él es quien lleva ahora todo el tragín de la fábrica, porque don Matías, su padre, no se cuida de nada. Así, no es estraño que retarde, ó que no venga hoy.

GERT. Nunca faltó. A las siete estaba siempre aquí.

JAIME. Si... en efecto; y por cierto que me llamó siempre la atención que mirase tanto á Rosita... Verdad es que ella se lo merece, porque ¡vaya si es bonita!

GERT. Puede mirar cuanto guste. Rosita está destinada á nuestro hijo, y cuando este regrese de Cuba los casaremos, si Dios quiere.

JAIME. No poca suerte fué no haberlos casado porque si lo están cuando á él le llamaron al servicio...

JOSÉ. Si no se casaron ya, es porque, como aun no se ha dado el caso de que lluevan muebles ni billetes del Banco, antes de contraer matrimonio hay que pensarlo mucho.

GERT. Siempre estás predicando lo que no crees.

JOSÉ. Yo?

GERT. Sí. «Que los pobres no deberían casarse porque solo producen semilla de miserables, carne de fábrica ó carne de cañón.»

JAIME. Los pobres pueden llegar á ricos. Yo conozco á algunos...

JOSÉ. También yo. Pertenecen al grupo de los listos, segun unos, y segun mi opinión al de los pillos.

GERT. No tergiverseis el asunto y dejaos de tonterías. No entiendo, José, como siendo tan amante de la familia, te opones á que tu hijo haga lo que tu hiciste.

JOSÉ. Si es que yo no me opongo. Solo hago reflexiones, porque cada día se van poniendo peor las cosas. Tan solo por eso.

JAIME. Tal vez tengais razón. Pero, y si á Rosita le saliera una proporción buena, un señor rico ¿no le permitiríais que se casara con él?

JOSÉ. No creería en ello.

GERT. No, porque ella ama á nuestro hijo.

JAIME. ¡Bah! La ausencia es la madre del olvido.

GERT. Rosita no le olvidará.

JOSÉ. Muy aventurado es eso. Las mujeres...

GERT. ¿Qué vas á decir?

JOSÉ. Nada. Pero un vestido de seda... unas joyas...

GERT. ¡Quita allá! Has visto eso nunca en mí?

JOSÉ. En ti no: pero las cosas combian. ¿No ves que hoy lo rige todo la moda?

GERT. Pero tu sabes que Rosita no piensa en eso y con un vestido de percal se contenta.

JOSÉ. ¿Qué remedio le queda?

JAIME. ¿A quién no le gusta figurar y darse tono?

JOSÉ. Y figurando, vienen luego las trampas... que van engarzándose una tras otra como las cuentas de un rosario.

GERT. Ya estás hablando como de costumbre en doble sentido.

JOSÉ. No; que, como de costumbre, me voy derecho al bulto, sino tu misma puedes verlo: Gano buen jornal: apenas gastamos en comer ni en vestir: no vamos á teatros, y al café muy poco, y con trabajo lo pasamos. En cambio, ves á otros que, con menos jornal, parecen unos caballeros: visten bien, comen mejor, frecuentan diversiones... ¿De dónde salen esas misas?

GERT. Pues... de Santa Magdalena.

JOSÉ. Sí; arrepentida ó penitente, quieras que no.

JAIME. Y de eso quien tiene la culpa?

JOSÉ. El Nuncio.

GERT. Pero qué dices?

JAIME. ¡Siempre el mismo!

JOSÉ. Quiero decir que nadie y todos tienen la culpa. No hay cosa discutible por su mérito cuando este es verdadero. El talento es indiscutible, y nadie pone empeño en tenerlo, porque fuera inútil: el que borrico nace, asno muere: haga lo que quiera, siempre lo será; pero tenemos que el parecer rico es cosa fácil, como es fácil á veces llegar á serlo.

JAIME. Pues, si tan fácil es, ¿por qué no lo es usted, ya que parece tener la receta?

JOSÉ. Es que semejante receta todo el mundo la conoce: mucha diligencia y... poca conciencia.

JAIME. Y también inteligencia.

JOSÉ. ¡Bah! De esto no. No hay un sabio rico. Si los ricos poseyeran inteligencia, estaría justificada la ley de castas que usted establece; pero por hoy no y para el porvenir aun menos.

JAIME. Ahora entiendo el por qué es usted pobre.

JOSÉ. Porque soy sabio. ¿No? Búrlese usted si quiere. He tenido compañeros de trabajo que, sin haber ganado, como yo, un duro de jornal porque no lo merecían, hoy son capitalistas y hasta personajes políticos.

JAIME. Si á eso vamos, en la casa donde estoy, había un meri-

torio, que gracias á una buena jugada de bolsa, es hoy banquero.

JOSÉ. Otro de tantos que por si iba mal la cosa, llevaban á prevención en el bolsillo el pasaje para América. Eso no es nuevo. La gente así, abunda. ¿Y para eso se necesita talento?

JAIME. ¿Pues qué se necesita?

JOSÉ. Se lo dije á usted ya, pero no ha querido usted entenderme. Se necesita... poca vergüenza.

ESCENA II

Dichos y ROSITA

ROSITA. Buenas noches.

GERT. Mucho has tardado. Son ya las ocho.

JOSÉ. Se habrá entretenido.

ROSITA. (Confusa.) No, señor.

JAIME. Alguna amiguita...

ROSITA. No, señor Jaime.

GERT. Ningun sábado viniste tan tarde.

ROSITA. Fuí de las últimas en entregar la obra.

GERT. ¿Habiendo ido tan temprano?

ROSITA. Es que...

JAIME. Otras madrugarían más sin duda.

ROSITA. Si, señor; eso.

GERT. Bien; pero nosotros estábamos con cuidado. Para otra vez, procura...

ROSITA. No pasará más, se lo prometo.

JAIME. Convencido estoy de que será así, pues, Rosita es buena: Rosita es muy agradecida y cariñosa y...

ROSITA. Gracias, señor Jaime.

JAIME. Y á otra cosa. Del chico, ¿qué saben? ¿En este correo tampoco?...

JOSÉ. Tampoco recibimos carta y... ¡van ya seis meses!

GERT. Esta es nuestra pena y me arrepentiré todos los días de mi vida...

JOSÉ. Eso, eso, échame en cara...

GERT. Si no lo digo por nada.

JOSÉ. ¡Si las cosas se supieran!

JAIME. Aquel compañero mío que tiene un hijo allá, ha pasado un año sin saber de él, y ahora...

JOSE. ¿Tuvo por fin carta? Nosotros...

JAIME. Pero si vosotros solo hace medio año que...

GERT. ¡Medio año, que para una madre representa un siglo.

ROSITA. Tal vez en el correo próximo...

GERT. Así estamos. Esperando un correo y otro correo... pero la carta no llega.

JOSÉ. No te apesadumbres mujer; ya llegará, ya llegará. Oye: me parece que esta pierna...

GERT. Sí: hay que curarla.

JAIME. ¿Aún no se cicatriza?

JOSÉ. ¡Quia! Va para rato.

GERT. ¿Vamos á hacer la cura?

JOSE. Sí, que me molesta atrozmente.

(Se levanta y vase por la derecha con Gertrudis.)

ESCENA III

JAIME y ROSA

JAIME. Y bien Rosita, ¿no se declara por fin el señorito Cárlos?

ROSITA. (Avergonzándose.) ¡Cómo!

JAIME. Mira, no te hagas la tonta. Que él te ama, lo sé, como sé también que va á buscarte cada día cuando vas á entregar la labor.

ROSITA. ¡Dios mío! ¿Quién se lo ha dicho á usted?

JAIME. Siempre hay quien...

ROSITA. ¡Por Dios! Que no sepa nada mi tío.

JAIME. No temas: por mi nada ha de saber. Haz por atrapar á Carlos, y serás una señora.

ROSITA. Lo que yo temo... es que no venga con buen fin: si no fuera por eso...

JAIME. Es decir que...

ROSITA. Si: porque mi tío, me tiene asustada hablándome siempre de la miseria que me aguarda si me caso con su hijo... ¡Dice que los pobres, no pueden casarse!

JAIME. Pero si te casabas con Cárlos, otra cosa sería. Su papá es el más rico de la razón social de la casa donde estoy empleado.

ROSITA. (Como reflexionando.) Y yo, podría ausiliar á mis tíos en justa recompensa de lo que por mí han hecho... (Transición.) Pero Juan, su hijo, me ama y esto fuera una mala acción.

JAIME. (Insinuante.) ¿Y quién sabe si volverá?... Aquel clima es mortífero, más que las mismas balas. Vuelven muy pocos de los que fueron, y estos pocos, enfermos aun.

ROSITA. Esto es lo que me asusta.

JAIME. Pues no seas tonta. Es decir; haz lo que te convenga: nada te aconsejo: tu misma.

ROSITA. ¡Qué confusión!

JAIME. No se por qué.

ROSITA. Si; porque mientras estamos en la duda de si Juan volverá ó ha muerto, entre tanto Cárlos me ofrece...

JAIME. ¿Casarse?

ROSITA. Aun no, porque su papá se opondría á que se casara con una pobre como yo y tal vez lo desheredaría si se atreviese á hacerlo.

JAIME. No es floja contrariedad esta: pero si él te ama...

ROSITA. Me jura que si y que se siente con ánimo de conseguir que su papá no se oponga á nuestro casamiento. Esto me dice hoy; mañana ¡quién sabe!

JAIME. Te amará más aun. Tú no sabes lo que vales. ¡Cualquier cristiano se condenaría por tu hermosura!

ROSITA. ¡No se burle usted de mí!

JAIME. No, con formalidad. ¡Si eres digna de un rey!

ROSITA. Pero aconséjeme usted.

JAIME. Pues digo que con la pobreza, no se va á ninguna parte.

ROSITA. Verdad.

JAIME. Estamos de acuerdo pues. Me voy, que tendré ya la cena dispuesta. (Mirándola.) ¡Y cuánto vales! No me estraña que el señorito Cárlos esté tan enamorado de tí.

(Vase por el foro.)

ESCENA IV

ROSITA

Por una parte sombras y por la otra luz. El amor de Juan es sincero, no cabe dudar de él. Pero ofrece un porvenir lleno de brumas... si es que no llegue antes la fatal nueva de la muerte del que es casi mi hermano... ¡Maldita guerra! (Pausa.) La pasión fogosa de Cárlos, es presente de goces y de riquezas... Pero, ¿quién sabe mañana? Eso me asusta. Sin más educación que la que un pobre obrero ha podido darme, si llego á esposa de un joven tan

distinguido ¿qué papel hago á su lado? Caería sobre mí el ridículo y perdería tal vez el amor de Cárlos... ¡Delirio! Creerme digna de un hombre así, fué solo una ilusión. He de dejarle! ¡Dejarle!... Pero, infeliz de mí, si no sabré cómo! Sus palabras que ayer escuchaba indiferente, me llegan hoy al fondo del alma. Y es... que le amo. ¿Y él? ¿Me amará también? ¿Será cierto? ¡Oh, si yo lo supiera!...

ESCENA V

ROSITA GERTRUDIS, JOSÉ

JOSE. Esto ya es otra cosa. Ya no me molesta tanto la herida.

GERT. Es que tú, por pereza, no la curarías nunca.

JOSE. En cambio, tú á cada momento me estarías curando. Ya sabes lo que ordenó el Doctor: dos veces al día.

GERT. (A Rosita.) ¿Te han dado mucho trabajo en el obrador?

ROSITA. Dos docenas de puños.

JOSE. ¡Una peseta! ¡Ya es jornal para una mujer!

GERT. Mientras tu vivas, nada la faltará.

JOSE. Y cuando yo muera ¿qué?

GERT. Su marido ganará para ella lo que le haga falta: en los matrimonios pobres, uno ayuda al otro.

JOSE. Y la mujer, trabajando, ¿cómo puede educar á sus hijos?

GERT. ¿Pues no les eduqué yo?

JOSE. ¡Qué diferencia hay de tí, que has podido estar en casa, á la que ha de pasar el día en la fábrica! Los hijos de estos pobres, no reciben más educación que la de la calle... ¡Y vendrán luego los hombres graves lamentando que haya golfos!

ESCENA VI

Dichos y CHISPA

CHIS. Guenas noches. ¿Qué tal José? Cómo va esa pata?

JOSE. Este loco lo acierta. Digiste bien, porque somos unos burros de trabajo.

CHIS. Sin latigazos.

JOSE. Latigazos en la espalda, cierto que no; pero en el es-

tómago... La pierna bien; ya puedo andar un poco.

CHIS. Ala, ala, que si hemos de ir á casorio pronto...

GERT. Va para largo aun.

CHIS. Precisa que aquel día os echeis encima los arreos de gala, porque con el señorío que vendrá...

JOSÉ. Siempre de broma. Dichoso tú.

CHIS. Ya me convidarás, verdad niña? Me pondré de gala y te aseguro, modestia aparte, que estoy hasta elegante. Si á mi costilla se le cae la baba cuando me pongo de pontifical.

JOSÉ. Tu siempre serás Chispa.

CHIS. Así me llaman, pero nadie me ha visto *chispo* jamás. A mí, no me gusta el vino... malo. En cuanto á comida, ya pueden ir trayendo. ¡Cómo que nunca me harto! Por eso espero que se case esta para sacar la tripa de mal año.

GERT. Pues me parece que si esperas á eso...

CHIS. Está usted haciendo el bobo por mor de que si se desbarataba eso, no hagan burla. Muy bien, pero según entiendo, no haya miedo de que se desbarate, porque el joven está cada día más alelado. ¿Verdad Rosita? Mujer, no te hagas la tonta.

ROSITA. ¡Yo qué sé!... Usted lo dice... yo...

CHIS. También tú estás convencida, ya lo he visto: como que el palique de hoy ha durado más de una hora.

(Sorpresa general.)

GERT. ¿Qué dice este loco?

ROSITA. (Aparte.) Prestadme vuestra ayuda Vírgen mía!

JOSÉ. (Levantándose.) ¿Qué dices? ¿Con quién?

CHIS. ¡Toma! ¿Con quién ha de ser? ¡Parece que os haceis los tontos! Con el señorito Cárlos.

JOSÉ. (Pausa. Cogiendo á Rosa por una mano.) ¿Es cierto lo que dice este hombre?

ROSITA. (Vacilando.) ¡Sí!

GERT. ¿Y el amor de mi hijo? Falsa, más que falsa!

CHIS. (Aparte.) ¡Cristo, qué plancha!

JOSÉ. (A Gertrudis.) Deja de hablar tonterías, mujer. Si no sentía inclinación por el chico, haberlo dicho, y, en paz; pero que venga aquí con embustes y dé oidos á las falsas promesas de un burgués, sin aconsejarse con quien la ampara y en ella ve á una hija...

ROSITA. (Llorando.) ¡Perdón!

GERT. No lo mereces. ¡Pobre hijo mío!

JOSÉ. Jamás me arrepentí de haber hecho una buena acción y menos de haberte amparado á tí, á quien me unen los vínculos de la sangre: cumpliré pues hasta lo último los deberes que me he impuesto: te aconsejaré como á hija, sin que en lo más mínimo me mortifiquen tus perjurios. Tus amores con Cárlos son un imposible si han de ser honestos.

ESCENA VII

Dichos y JAIME

JAIME. (Qué ha oido las últimas palabras.) ¿Y por qué? si él está enamorado de ella?

JOSÉ. A estarlo, procediera de distinto modo. Por nuestra desgracia, se abrió para él la puerta de nuestra casa desde que sufrí el accidente... Con hipócrita intención entró siempre que quiso.

GERT. Ya había reparado que...

JOSÉ. Por qué no me pedía á Rosita? Esta, con su silencio, claramente dice que le ama. ¿Qué espera, pues? Decid.

JAIME. ¿Quién sabe? Tal vez no le acomode á su padre... como tampoco á usted le acomoda, según veo.

JOSÉ. Porque el matrimonio sería desigual. Todo induce á pensar que él no quiere á Rosita para nada digno.

GERT. Primero muerta. (Rosita llora.)

JAIME. ¡Pobre Rosita! No sé porque teneis que martirizarla á ella, ni afligiros vosotros. En diciéndole á Cárlos sin ambajes que no consentís esas relaciones, asunto concluido.

JOSÉ. (Con amargura.) ¡Cuando clavó ya la avispa el aguijón!

JAIME. También lo llevará clavado él. Dejad, que el amor obra milagros.

JOSÉ. ¿Y eso me dice usted después de haber hablado de los obstáculos que oponga á esa boda el padre de Cárlos? ¡Salga usted de aquí, miserable lacayo de casa grande!

ESCENA VIII

Dichos y CARLOS

CÁRLOS. ¿Le pasa á usted algo, José?

JOSÉ. ¿Y usted qué viene á buscar en esta casa? salga usted.

GERT. Y de paso, he de advertirle que Rosita no es para usted.

CÁRLOS. (Aparte.) ¡Ah! Ya entiendo! (Alto.) Señora, no creo que sea un delito estar enamorado de Rosita.

JOSÉ. ¿Enamorado para... casarse con ella?

GERT. ¡Y qué se ha de casar! Usted es un...

CÁRLOS. Para casarme con ella. ¡Si es mi sueño dorado!

JOSÉ. Si así es, ¿cómo esplica usted su proceder?

CÁRLOS. Por temor á una repulsa.

JOSÉ. Está usted en un error. Aquí no se reconviene á nadie que ande por el camino derecho. Además, la gente hablando se entiende. A ver si podremos ponernos de acuerdo. ¿Qué pretende usted?

CÁRLOS. Tener relaciones con Rosita.

GERT. Esto no puede ser: es imposible.

JOSÉ. Imposible, no. Hazme el favor de dejarme hablar. (A Carlos.) Pues en ese caso haga usted que su papá me pida la mano de Rosita.

CÁRLOS. Eso... por ahora es imposible.

JOSÉ. ¿Por qué?

CÁRLOS. Porque mi padre se opone á que me case con una pobre.

JOSÉ. Pues créame usted á mí, joven; no descontente á su papá y á nosotros déjenos tranquilos.

CÁRLOS. Pero las circunstancias pueden variar...

JOSÉ. Bien, sí, cuando hayan variado las circunstancias y obtenga el consentimiento de su papá... vuelva; y si la chica...

CÁRLOS. Usted pretende que renuncie yo á Rosita, y esto no puede ser.

JOSÉ. Quien no pueda casarse que no busque mujer. Sea usted hijo obediente y no quiera ser un mal hombre, pues esto se lo reprobaría todo el mundo; hasta su mismo padre si conociera como yo sus intenciones.

CÁRLOS. Eso es un insulto.

JOSÉ. Tómelo usted como guste. ¿Qué más insulto que enamorar á una pobre niña un hombre que sabe que no puede casarse? Acabemos, don Cárlos, más vale así.

CÁRLOS. ¿Es decir que mis esplicaciones no son suficientes?... Mi nombre...

JOSÉ. ¿Quién lo garantiza?

CÁRLOS. No necesita de fiadores.

JOSÉ. La firma de usted no es conocida en este mercado, y por otra parte, el Código es tan deficiente... Las estafas en lo

que se refiere á contratos matrimoniales realizados, no hay aun ley que las castigue: por consiguiente, á nada obligan al estafador, al embustero, al vil; que con palabra de casamiento enamora á una mujer y la abandona porque sí, y esto aun cuando medie la firma de un papá respetable como el suyo, que salga garante del compromiso. Considere pues lo que será cuando esto no ocurra.

CÁRLOS. Es que la tiranía paterna impide la realización de mis más vehementes deseos.

JOSÉ. Hay un medio: emanciparse; á falta del consentimiento paterno, se lo otorgará el Juez.

CÁRLOS. ¿Y he de renunciar à una fortuna considerable?

JOSÉ. Es preferible renunciar á una fortuna que sostenerla con vilipendio.

CÁRLOS. Si no renuncio á ella es para que de ella disfrute Rosita.

JOSÉ. ¡Bah! Rosita se contenta con poco.

CÁRLOS. Es que indisponiéndome con papá, nada tengo.

JOSÉ. Si tiene: diez dedos en las manos para trabajar.

CÁRLOS. Eso es imposible.

JOSÉ. También lo es, que yo consienta tales relaciones. Ya lo sabe usted: ó casamiento en breve plazo, ó déjenos en paz.

GERT. Casamiento, nunca. ¡No faltaba más!

JAIME. José, mire usted lo que hace. Cualquier día puede morir el papá del señorito y...

JOSÉ. ¡Pues á fe que aprecia usted al buen señor! He aquí lo que pasa á la muerte de un rico: los herederos ríen con un ojo y con el otro lloran. ¡Qué asco! ¡Miserables!

CÁRLOS. Pero, ¡por Dios, José! si no hay más solución...

JOSÉ. ¡Qué la de una mortaja!... Desgraciados de los padres que engendran hijos así!... ¿Y para eso ha reunido su fortuna, él sabrá cómo para qué su hijo tenga prisa en heredarle?

CÁRLOS. No digo tanto.

JOSÉ. ¿Pero usted desea casarse?

CÁRLOS. Sí.

JOSÉ. ¿El papá es el único obstáculo?

CÁRLOS. Cierto.

JOSÉ. Entonces es preciso que él muera antes.

CÁRLOS. Cuando Dios disponga.

JOSÉ. Pues, mientras esta (Por Rosita.) tenga juicio, me parece á mí que Dios tardará mucho en permitir lícitamente esta unión.

CÁRLOS. No me da usted esperanza alguna?

JOSÉ. Todas las que quiera. Póngase de acuerdo con su papá y entonces...

CÁRLOS. Rosita, ya lo has visto.

JOSÉ. ¡Sí... ya lo ves: primero el dinero: después el papá y á la postre, tu.

ROSITA. ¡El me ama!

CÁRLOS. Mas que á mi mismo. Considere usted que se trata del bienestar de su ahijada.

JOSÉ. (Irónico.) Pues, mire usted, no me había fijado en ello. ¿Y su bienestar consiste en entrar á disgusto en la familia de usted? Esto para el mañana. ¿Y hoy? La incertidumbre de si podrán realizarse tan halagüeñas esperanzas, porque el hombre, cambia de opinión como de camisa, en cuanto no existe el imán necesario.

CÁRLOS. Su hermosura..

JOSÉ. Por encima de las cualidades físicas y morales, está el rey del mundo: el oro.

CÁRLOS. Oro, me sobra.

JOSÉ. Engañando al papá, y á esta. Si no lo hace así, usted mismo lo ha dicho, nada tiene.

CÁRLOS. Es imposible toda discusión con usted. No aguanto más insultos. (A Rosita.) ¡Adiós Rosa! ¡Seré tuyo! Tuyo hasta la muerte. (Se va y le sigue Jaime.)

JOSÉ. (A Rosita.) ¡Hasta la muerte de tu honra y la de nuestra felicidad!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa una galería semi-rotonda de un «chalet» lujosamente amueblado y de estilo oriental. Divanes, «faiences,» porcelanas, plantas tropicales, etc. Al fondo, persianas.

ESCENA PRIMERA

CHISPA y CRIADA

CHIS. Las persianas están ya corrientes. Se abrirán y se cerrarán como por sí solas. ¿Falta algo más?

CRIAD. Arreglar la ventana del cuarto de baño: parece que con la humedad se ha hinchado la madera y no se puede cerrar.

CHIS. Pues á ello.

CRIAD. No tan aprisa: habrá que esperar á que la señorita salga del baño.

CHIS. ¡Oh! por mí que no haga cumplidos.

CRIAD. (Irónica.) Sí, eh? ¡Valiente!...

CHIS. Si no es mas que por...

CRIAD. ¡Comprendido! Sí, el afán de trabajar: usted trabajaría mucho.

CHIS. A trabajador no hay quien me gane.

CRIAD. Pues tendrá que esperar á que salga la señorita.

CHIS. Bueno. Fumaremos un cigarrillo entre tanto (Saca la petaca y lía un cigarro. No hay cosa como trabajar así para pescar gangas.

CRIAD. ¿Cómo gangas?

CHIS. Uno... mata el tiempo; el amo... apunta y el propietario paga.

CRIAD. Creí que quería decir otra cosa; que se refería á...

CHIS. También hay algo de... eso. Se encuentra de todo. Como que hay para cada hombre hay lo menos cien mujeres.

CRIAD. Será tal vez cierto; pero á mí, con haberme hecho la rueda más de cien hombres á ninguno he querido.

CHIS. ¡Qué melindrosa!

CRIAD. ¿Para qué? Liarme para pasar luego fatigas? Ya estoy bien así.

CHIS. Ya ha sido chiripa la de usted; pero créame; mejor le iría servirme á mí que á esos señores.

CRIAD. Si usted está casado.

CHIS. Tengo yo cara de ello?

CRIAD. Vaya, cuénteselo usted á otra.

CHIS. Pues, francamente: entoavía no me he dao cuenta de serlo.

CRIAD. ¿Ve usted como confiesa...?

CHIS. ¡Qué he de confesar! Le aseguro que no encontré mi media naranja.

CRIAD. Vaya, no me venga usted con más embustes: quien me lo ha dicho es su principal.

CHIS. Es que mi principal es muy guasón. Pero calle, ¿usted por qué se lo preguntó?

CRIAD. Por si acaso: siempre es bueno saber.

CHIS. Vamos ¿quiere usted casorio? Cuente conmigo.

CRIAD. Cuando usted enviude.

CHIS. Prescinda usted de eso: por mi parte, maldita la prisa que tengo: pero entre tanto...

CRIAD. Sí; entre tanto ¡viva la broma!

CHIS. ¿Qué le voy á hacer yo si las chicas son tan...?

CRIAD. Liebres dormidas se encuentran pocas.

CHIS. ¡Quien sabe! Me parece, ó mucho me equivoco, que aquí hay una.

CRIAD. ¿La señorita?

CHIS. ¡Pché! No lo sé: pero esta señora á quien no he visto todavía me parece que ha de ser... (Con intención.)

CRIAD. No. El señorito está casado con ella; solo que como su papá se oponía, se casaron secretamente.

CHIS. ¡Ah! ¿Vé usted como duerme la liebre? Eso se dijo en el taller, pero ¿querrá usted creer que nadie se la ha tragado?

CRIAD. Pues, crea usted que la señorita es la más buena que hay

en el mundo. No se trata con nadie, y su vida se reduce á esperar con anhelo al señorito siempre que ha de venir; leer, bordar, rezar; son todas sus ocupaciones.

CHIS. ¡Pues si que se divierte!

CRIAD. Y siempre metida en casa.

CHIS. Aun menos mal, porque todo esto es una jaula de oro.

CRIAD. ¡Si viera usted cuantas joyas tiene! Pero no hace caso de ellas; tan solo se las pone alguna vez para darle gusto á su don Cárlos.

CHIS. ¿Don Cárlos dijo? (Aparte.) ¡Qué sospecha!

CRIAD. Sí. ¿Acaso le conoce?

CHIS. Y ella, ¿cómo se llama?

CRIAD. Armanda.

CHIS. Nombre de novela ó de *lío*.

CRIAD. Ahí viene.

ESCENA II

Dichos y ROSITA

CHIS. (A parte, sorprendido al reconocer á Rosita.) ¡Rosita!

ROSITA. Usted por aquí?

CRIAD. (A parte.) ¡Oiga! Se conocen.

CHIS. He venido para una reparación.

ROSITA. Bien, bien. (Sale la criada.)

ESCENA III

ROSITA y CHISPA

ROSITA. No sabe usted la alegría que me da verle. Cuénteme, cuénteme de mi familia.

CHIS. Pues... su familia... bien.

ROSITA. Y... hablan de mí?

CHIS. ¡Oh, sí! Todos los días.

ROSITA. (Reflexionando.) Y yo... ¡tan desagradecida!

CHIS. La verdad es que... vamos, que fué una acción... Y luego Juanito...

ROSITA. ¿Qué?

CHIS. Como no le daban noticias de su amada...

ROSITA. Pero... ¿vive?

CHIS. ¡Toma. toma! Y es todo un señor oficial y tiene más cruces...

ROSITA. De modo que... después de tanto tiempo se recibieron, por fin, noticias.

CHIS. Después de más de un año; pero ahora, se recibe carta á cada correo; es decir, la recibimos, porque también á mí me escribe.

ROSITA. ¡Naturalmente! Como eran tan amigos...

CHIS. ¡Cá! No está ahí la madre del cordero. En cada carta Juan preguntaba por usted y vamos... los de la familia se hacían los desentendidos no queriendo ó no atreviéndose á esplicarle... *eso.*

ROSITA. Entonces escribió á usted...

CHIS. Me preguntó: y como toda pregunta merece contestación, yo entonces...

ROSITA. Le contestó...

CHIS. La verdad.

ROSITA. Es que Cárlos es mi esposo ante Dios.

CHIS. Cosa que el señor José no cree de ningún modo. Así como yo conozco el estómago y opino que todo se reduce á tener un buen pasar, el señor José conoce el corazón de la mujer, y pues está hecho ya el disparate, á lo menos tuviese usted este buen pasar asegurado dignamente... que, por lo visto no lo tiene...

ROSITA. Eso no me preocupa: el único remordimiento que amarga mi existencia, es el disgusto que causé á la familia.

CHIS. ¡Y que no fué nada flojo! Figúrese usted que su pobre tío, sin que le valiera la fortaleza que suele tener en los mayores trances, lloraba como un chiquitín. Como tratase de consolar á la señora Gertrudis, que estaba desesperándose, se le anudaba la voz no dejándole articular palabra; mientras se deslizaban silenciosamente las lágrimas por su rostro. (Rosita llora.) ¡Oh! Padecía más él que su mujer: al fin, ella se desahogaba lanzando improperios y pidiendo le devolviese á la hija perdida.

ROSITA. ¡Pobre tío!

CHIS. Por su parte Juan en cada carta que escribe habla de usted, y dice que busca la muerte en la campaña; y no la encuentra... pero encuentra grados, cruces... Quien pudiera decir otro tanto! Si llega á general...

ROSITA. Siento con toda mi alma la desesperación de Juan, y ser, así, yo dos veces la causa del sufrimiento de sus pa-

dres, á quienes de corazón quisiera y quiero desagraviar.

CHIS. No lo conseguirá usted. Ya sabe usted que su tío en cuestiones de morales estremadamente riguroso y nunca, en su vida pasará porque su sobrina viva amancebada...

ROSITA. ¡Amancebada...! Esta palabra es de una significación horrible, espantosa... ¡Qué injusta es la sociedad! No comprende la inmensa abnegación que encierra el amor de una mujer que sacrifica el honor de su nombre y su libertad por un hombre, constituyéndose en su esclava... ¿Un amor cual el que yo siento por Cárlos no santifica nuestra unión? ¿No es...?

CHIS. Quizá... pero... pero yo cuando quise tener mujer...

ROSITA. (Con amargura.) Entiendo...! Pero desaparecerán los obstáculos, y, podré entonces presentarme á la faz del mundo, erguida la cabeza, siendo esposa amante y amada, cosa... que no pueden decir de verdad todas.

CHIS. De este modo lo hubiera acertado Jaime. ¿Pero á él que le importa? Ya es conserge del Banco: ya logró lo que con tanto afán deseaba.

ROSITA. Cárlos le protege: y como su papá es el Gerente de la sociedad...

CHIS. La causa de... *eso*, ha sido Jaime: salta á la vista: más claro, ni agua.

ROSITA. (Reprochándole.) ¿Cómo?

CHIS. Perdone usted. Uno no sabe hablar correctamente y á veces sin querer... (Dando á la conversaciòn otro giro.) ¿Qué falta arreglar? Decían que en el cuarto de baño...

ROSITA. Sí... le acompañará la muchacha. (Toca el timbre y aparece la criada.) Acompañe usted al señor y dígale lo que tiene que hacer.

CHIS. (A parte, al marcharse, mirando á Rosita.) ¡Cómo hace gala de señorío! Dios quiera no tenga que arrepentirse!

(Chispa y la Criada salen por la puerta indicada.)

ESCENA IV

ROSITA

La venida de Chispa á esta casa y las noticias que de la familia he tenido por su conducto, me han llenado á la vez de alegría y de tristeza el corazón. ¡Pobres protectores míos, cuanto les habré hecho sufrir! Pero, ellos, de-

seaban, anhelaban mi felicidad, y, cuando se convenzan de que esta es completa, mi satisfacción les borrará el recuerdo de pasadas angustias. Su desconfianza en la sinceridad del amor de Cárlos me hacía desgraciada, y, si bien nada tenía de estraño que se opusiesen á nuestras relaciones, era también inevitable la estrema resolución que tomé. Cárlos es el único amor de mi vida. Desgraciadamente el vil interés impide legitimarlo; pero, como este amor nuestro es grande, irresistible, no tardará en llegar el día en que podamos gozar de él con toda tranquilidad.

ESCENA V

ROSITA y CARLOS

CÁRLOS. ¡Rosa!

ROSITA. ¡Ah! Eres tú, Cárlos?

CÁRLOS. Si, vida mía.

ROSITA. Y tú, la mía. Yo no podría vivir sin tí, amor mío. ¿Y tú, me amas? ¿Verdad?

CÁRLOS. ¡Y me lo preguntas...!

ROSITA. Es que necesito oirlo á cada momento, me es necesario como respirar el aire que me da vida. ¡La sola sospecha de que puedas llegar á abandonarme... me ahoga; me mata!

CÁRLOS. Bien sabes que no es posible que deje de amarte. ¡Tan hermosa...!

ROSITA. No, no es eso. No me digas que soy hermosa. Dime... que me amas! ¡Esto me hace dichosa! La hermosura, pasa... el amor... ¡el amor no pasa nunca! ¿Ves? Yo en tí, no miro al jóven elegante, rico, guapo... no miro en tí, mas que tu alma noble; que entre millares de mujeres de mérito, que por su posición, talento y hermosura, valían más que yo, á mí me escogiste y por mí tan solo vives, desafiando cuantos obstáculos se oponen á la felicidad de nuestras almas, que han de fundirse en una, por la misteriosa influencia del amor.

CÁRLOS. Vale más tu sacrificio que cuanto yo pueda hacer.

ROSITA. No, que en cambio he logrado yo mi dicha, porque soy feliz, créeme. Cuando estás á mi lado, siento un bienes-

tar incomparable; y cuando estás fuera, gozo pensando en tí y en la dicha que me espera al volver á verte.

CÁRLOS. Mas por desgracia, he de pasar muchas horas apartado de tí.

ROSITA. Pero tú piensas en mí. ¿Verdad?

CÁRLOS. Siempre.

ROSITA. Ves como siempre estamos juntos? ¿Qué importa el alejamiento ó la separación de los cuerpos si no se separan las almas?

CÁRLOS. Eres una mujer espiritual.

ROSITA. Dí mejor, mala: por amarte tanto, he cometido una mala acción.

CÁRLOS. No lo es: el amor todo lo santifica.

ROSITA. Pues oye: otro lazo viene á estrechar nuestros amores: un ángel que, con sus manecitas puras bendecirá nuestra unión...

CÁRLOS. (Como contrariado.) ¿Qué dices?

ROSITA. ¿Por qué tiemblas? ¿Te sabe mal? ¿Es que temes que tu padre lo sepa?

CÁRLOS. (A parte.) ¡Qué contrariedad! (Alto.) No... Nada de eso. Pero como comprenderás, no deja de ser una sorpresa.

ROSITA. No; no es este el efecto que te produce lo que acabo de decir. ¡Ah! ¿Lo sientes? Lo comprendo: pero no temas; si así lo quieres nadie ha de saberlo por ahora y menos tu padre. ¿Al fin, quien soy yo? Dicen que una desgraciada, y no trato de vindicarme. Mañana seré madre y lo callaré todo... y haré, como he venido haciendo, el sacrificio de mi honra. Pero, por Dios te suplico que no me falte tu amor! ¡Que no pierda lo que más aprecio en el mundo! Mátame antes, y, moriré contenta.

CÁRLOS. Rosa, desvarías.

ROSITA. No, no desvarío. El corazón me dice que te he dado una noticia infausta.

CÁRLOS. Déjate de tonterías. No os ha de faltar mi protección.

ROSITA. Me estraña... y lastima tu lenguage. No es protección lo que pido: pido, exijo de tí el amor que me juraste por la memoria de tu madre; ahora, después de lo que sabes, tengo derecho á decirte: «sé el padre de tu hijo.»

CÁRLOS. Pero si es lo que te digo, sino que tú te exaltas, te arrebatas y no me dejas esplicar. Ya sabes cual es mi divisa: tengo la conciencia de mis actos y haré frente á las consecuencias.

ROSITA. (Llorando.) No esperaba de tí tan frío lenguage.

CÁRLOS. Considera que se ha de tener serenidad para resolver. En estos casos la pasión ofusca y...

ROSITA. (Con desesperación.) ¡Cuan cierto es lo que acabas de decirme!

CÁRLOS. Bueno, bueno, sosiégate, no te desesperes. Ya sabes que te amo: ¿por qué lloras?

ESCENA VI

Dichos y la CRIADA

CRIAD. Señorito, esta targeta para usted.

CÁRLOS. (Leyéndola.) «El Barón de Santa Pola». ¿Qué querrá? ¡Y venir aquí! Veré que desea: no me gustan los indiscretos.

ROSITA. Me retiro.

CÁRLOS. Le despacho al momento, y vuelvo enseguida á estar contigo. (Sale Rosita. A la Criada.) Dile al señor Barón que pase. (Sale la Criada.) ¡Es estraño! ¡Ah! bah! Ya lo presumo! Ayer le zurraron jugando al monte...

ESCENA VII

CÁRLOS y BARÓN

BARÓN. Adiós, amigo Cárlos. Dispénsame que venga á sorprenderte en este suntuoso templo del amor; pero, hijo, me hallo en grande aprieto. Ya sabes que en las carreras últimas perdí un capital en apuestas y, para colmo de desdichas también me fué contraria la suerte ayer; nada, que para salir de este compromiso de honor, dice ahora mi apoderado que no tiene fondos. Considera tú el ridículo á que me expongo si no pago hoy mismo esta deuda...

CÁRLOS. Claro que haces un mal papel si no pagas.

BARÓN. Conformes: pero yo me he dicho: «Cárlos puede sacarte del aprieto y... al fin, por dos mil duros...

CÁRLOS. No son gran cosa diez mil pesetas.

BARÓN. Una friolera... Y pensando las tendrás disponibles...

CÁRLOS. Claro que las tengo.

BARÓN. Vengan, pues... ¿Acaso titubeas en ponerlas á mi disposición?

CÁRLOS. Te equivocas: es que estoy preocupado con lo que me pasa. Puedes disponer de esa cantidad cuando gustes.

BARÓN. Ya sabía que eras un buen amigo. Pero, ¿qué te pasa? Dímelo, que, en cuanto pueda y valga... ¿Un desafío tal vez?

CÁRLOS. Nada de eso.

BARÓN. ¡Ah, ya comprendo! Te revienta el casorio concertado por tu padre, con Blanca la hija de...

CÁRLOS. No se trata de eso: un matrimonio de *conveniencia* no debe preocupar.

BARÓN. Es verdad. Si te casas con Blanca eres el amo de la inmensa mayoría de las acciones del Banco: entonces se liquida, y, resultas amo de hecho y de derecho. ¡Bonito negocio! ¿Pero, cuál es la causa de tu preocupación? Hasta ahora...

CÁRLOS. Mis compromisos con Amanda.

BARÓN. Eso nada significa. (Riendo.) Me convenzo de que eres un estudiantillo romántico. ¿Apuestas á que no es su nombre el que acabas de pronunciar?

CÁRLOS. Claro que no.

BARÓN. ¿Lo ves? Ya dije yo que para romántico nada te falta. Lo dije en el Círculo cuando te vi esperando á la modistilla ó... lo que fuese. Parecías un estudiante ó una hortera. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! No nos reimos poco á tu costa! Eso no significa que todos los amigos no estemos dispuestos á apoyarte ó defenderte, si es que hayas sido tan débil que te hayas dejado enredar en las mallas del Código.

CÁRLOS. No soy tan tonto que haya llegado á eso: pero en las del amor... Tu no sabes...

BARÓN. Todos los amigos están enterados del *lío;* pero como tú...

CÁRLOS. He sido reservado todo lo posible, y no he querido exhibirla.

BARÓN. Porque á conocerla, te la podían birlar.

CÁRLOS. En cuanto á eso, nada temo. Está locamente enamorada de mí.

BARÓN. Y tú de ella. ¿Cuánto tiempo llevas en esa guilladura?

CÁRLOS. Más de un año.

BARÓN. Mucho es, y más en tí, que contabas los meses por conquistas.

CÁRLOS. ¿Y tú?

BARÓN. Para mí el amor es cosa secundaria. Mis goces, son: en primer término, un buen caballo; después, buenos vinos; y después...

CÁRLOS. El libro de las cuarenta y ocho hojas.

BARÓN. A mi nada me emociona tanto como el apuntar un *pico* contra una sota á favor de un rey. ¡Ah! ¿Y un *entrés*? ¿Hay nada más atractivo? No diré que, por seguir la corriente, no tenga también mis puntas de galanteador; pero no es este mi fuerte... ó mi flaco.

CÁRLOS. Pues no siendo ni tu fuerte ni tu flaco... ¿cómo esplicas que muriera á tus manos el Marqués de Casa...

BARÓN. ¡Bah! Cuestión solo de amor propio.

CÁRLOS. Si... resuelta á estocadas.

BARÓN. La mía fué recta al corazón. Ni dijo ¡Jesús!

CÁRLOS. Y... «ella»?

BARÓN. Según noticias se dedicó luego á explotar á un alto empleado de Hacienda, que tal vez en otro país estuviera ya en presidio. Pero á mí, ¿qué me importa ya?

CÁRLOS. Ese *sans façon* es el que te envidio.

BARÓN. Pues nada cuesta copiarlo. ¿Te conviene ó no continuar con Amanda? ¿Crees que no? Pues la dejas y en paz. ¿Prefieres quedar mejor con ella? Teniendo en cuenta que es pobre ó lo ha sido y la acostumbraste mal, le regalas un capitalito, para que con la renta que le produzca pueda vivir modestamente, y aun te quedará agradecida, porque hombres que de tal modo cumplan son bastante raros.

CÁRLOS. Tu consejo no puede servirme; con todo y estar ella tan enamorada, yo sé lo que me costó decidirla á que... Ni este «chalet» ni las ofertas de riquezas; á nada hacía caso; solo la solemne promesa de casarme con ella más ó menos pronto, fué bastante á rendir la plaza sitiada con tanto anhelo por mi fogosa pasión.

BARÓN. Pasión que aun sientes.

CÁRLOS. Sí: es cierto.

BARÓN. Haz lo que te digo, y de este modo, podrás casarte con la otra por... conveniencia y conservar á esta por afecto. ¡Si es la historia de muchos!

CÁRLOS. Es que á Amanda, la ha educado su padre adoptivo de distinta manera que te figuras. Aquel hombre, dentro de la pobreza en que vive, tiene un orgullo...

BARÓN. Entendido. Un anarquista.

CÁRLOS. No digo que sea eso.

BARÓN. Que lo sea ó no, ya verás como al brillo del oro todos se deslumbran. (Cantando el brindis de Mefistófole del «Faust.») «Il Dio di l' or»...

CÁRLOS. Sí, sí, tienes razón. (Siguiendo el mismo canto.) «Di 'l mondo signor.» Voy á despedirme de ella, y después...

BARÓN. Le mandas... seis mil duros y que se arregle, que bien podrá. Así lo hizo Gómez; ya te acordarás tú. Si, chico, házlo pronto, que una millonaria como Blanca es difícil de pescar y hace abrir el ojo. (Sale Cárlos.)

ESCENA VIII

BARÓN

¡Pobre chico! Se ahoga en un vaso de agua. Fortuna que le arrojé un salva-vidas; de lo contrario, hubiera sido capaz de cometer la majadería de despreciar esos bonitos millones por una modistilla, sin otro atractivo que las primicias de un amor vulgar, de esos que no tienen resonancia ni dan lustre al galanteador afortunado. No me vengan á mí con tales mujeres. Me gusta que tengan historia; que hagan hablar de ellas. Eso es la salsa del amor; pero del amor *chic*, sin las ingenuidades ridículas de las colegialas, ni las púdicas aprensiones de las de la clase media, á las que, si trabajo cuesta vencerlas, cuesta más aun el dejarlas. La historia de Cárlos, es la de muchos aristócratas del dinero. ¿Dónde han de acudir si, ni por nacimiento, educación ni modales, pueden salir de su esfera? ¡Bah! Siempre olerán á fábrica ó negocio.

ESCENA IX

BARÓN y CÁRLOS

BARÓN. Y bien? Estás no se como...

CÁRLOS. ¡Oh! ¡Hemos tenido una escena patética; pero al fin se convenció...

BARÓN. De qué? De tu fidelidad? Chico, serás un marido que ni de encargo. Has nacido para el oficio. Adelante.

CÁRLOS. ¿Viniste en carruaje?

BARÓN. Sí, en el truck. Pero subiremos en tu coche é iremos juntos.

CÁRLOS. Como quieras; pasaremos por el despacho y te daré ese dinero.

BARÓN. Bien, bien, no corre prisa. Mientras lo tenga esta noche...

CÁRLOS. Vamos, pues.

BARÓN. (Haciendo cumplidos para salir.) Delante, futuro Senador del Reino.

CÁRLOS. Pasa antes tu, Grande de España de primera clase.

(Se van riendo.)

ESCENA X

CRIADA, luego JOSÉ y GERTRUDIS

CRIAD. Ya decía yo que durara tanto la dicha en esta casa... ¡Pobre señorita, cómo llora! ¡Eso de que su marido no durmiera en casa... La excusa del papá!... Si, ya hay padres... raros; pero me parece que hay hijos peores y que el señorito es uno de ellos. Ya me lo decían: «la señorita es más buena que el pan; pero el señorito... es un cualquiera:» yo, pasaba por lo que pudieran decir de mí, por mor de la señorita, pero desde ahora... (Mirando al jardín.) ¿Quién será aquella pareja? Parece que están tomando vistas... ¡Oh! y vienen aquí... Son obreros: vamos á ver...

(Desaparece por un momento: pequeña pausa.)

JOSE. (Dentro.) ¡Qué doña Amanda, ni qué señorita ni que niño muerto... Yo sé á lo que vengo y á quien busco. (Aparecen los tres.) Diga á su ama, que aquí está su tío.

CRIAD. (Aparte.) (¡Uf! ¡Qué mal genio! Eso huele á borrasca.)

(Sale.)

ESCENA XI

GERTRUDIS y JOSÉ

GERT. No sé si has hecho bien diciendo que...

JOSE. Ten calma y no te exaltes. Déjame hacer á mi.

GERT. Es que tu no eres madre, que si lo fueras...

JOSE. Si fuera como tú, no veríamos cumplidos los deseos de nuestro hijo.

GERT. Que es demasiado bueno. ¡Mira tú que acordarse aun de ella, la per...

JOSE. ¿No te gustaría verla separada de esa vida?

GERT. ¡Que si me gustaría, dices? Lloro de alegría solo de pensar que eso pueda ser.

JOSE. ¿Ves cómo piensas como tu hijo? ¡Claro! Si es hijo tuyo.

GERT. Tuyo, porque es tan bueno como tú.

JOSE. ¡Calla! Ahí viene.

ESCENA XII

Dichos y ROSITA

GERT. ¡Rosa! ¡Hija mía!

ROSITA. ¡Madre!

(Se echa en brazos de Gertrudis que la abraza con efusión: ambas lloran. José las contempla.)

JOSE. (Aparte.) Formó la una el corazón de la otra. ¡Pobres mujeres!

GERT. Pero, ¿eres tú mi hija más querida, la novia de mi hijo? Dí que sí y te lo perdono todo. Dí que dejarás al miserable que te ha engañado: que volverás á casa donde todos te aman y yo la primera... porque llevas en tus venas la misma sangre de mi marido, del padre de mis hijos.

(Rosita baja la cabeza y llora.)

JOSE. (Aparte.) ¡Pobre madre!

GERT. (Con amargura.) ¿No contestas? ¿Has perdido el cariño á tu sangre?

ROSITA. No, jamás.

GERT. Es que no te acuerdas ya del afecto que hemos sentido por la pobre huérfana que compartía mis caricias con mis hijos?

ROSITA. Aquí están grabadas. (Al corazón.) Jamás las olvidaré.

GERT. Porque pues no te vienes con nosotros?

ROSITA. Estas palabras me conmueven. Mi corazón es hoy todo vuestro, pero... (Trágicamente.) ¡es imposible!

JOSE. Lo que es de razón, no conoce imposibles.

GERT. ¿Por qué es imposible? ¡Dí!

ROSITA. ¿Por qué? Porque la piedra desprendida, ha de rodar hasta el fondo del precipicio.

JOSE. Seré yo quien la detenga.

ROSITA. ¡Pobre tío! ¡Pobre tía! Con su caridad, me hacen doble-

mente desgraciada. Compadézcanme, pero dejen que siga mi triste suerte.

GERT. Estas lágrimas no son las del arrepentimiento; son las de la vergüenza que te causa tu conducta para con nosotros; el recuerdo de tus falsedades.

ROSITA. ¡Por favor, tengan compasión de mí!

GERT. Abandona á ese hombre.

ROSITA. Es imposible: soy su esclava. Los lazos que con él me unen, solo puede romperlos la muerte.

JOSE. ¿Quieres ser desgraciada? Pues lo serás. Te dije ya que tus amores con ese hombre, eran un imposible, si habían de ser lícitos. Sin embargo, has pasado por todo y por todo has atropellado: tu honra... el buen nombre de la familia... Has despreciado el amor de mi hijo... que ni tu indigna conducta logró extinguir en él; para conseguirlo, busca el desventurado la muerte en los combates, y, por un sarcasmo de la suerte, su aborrecimiento de la vida le convierte en héroe y... todo por una mujer que se entregó á otro hombre para escarnio de la sociedad.

ROSITA. ¡Perdón! Soy muy desgraciada.

GERT. Acójete en nuestros brazos y no lo serás.

ROSITA. No me pertenezco. ¡Soy de Cárlos! Mátenme si les place, pero no puedo seguirles.

JOSE. Bien. Quédate aquí gozando de ese lujo deslumbrador, presa en las falsas palabras de un hombre rico que recuerda los panteones, brillantes por fuera, podre dentro.

ROSITA. ¡Y cuán cierta será su sentencia!

JOSE. ¿Comprendes ya? Sí, he llegado ya á tu corazón: hija mía, sal de ese lodazal de bajas pasiones.

ROSITA. ¡Imposible! Dejad que me ahogue en él. Dios me dará lo que merezca.

GERT. Déjala ya, José, y que, como yo, Dios la perdone el mal que nos ha hecho.

ROSITA. Dios es misericordioso, y tal vez me perdone, tomando en cuenta lo que sufro.

JOSE. Acaba ya tu sufrimiento.

ROSITA. No; he de apurar hasta la última gota el cáliz de la amargura.

JOSE. ¿No te quieres redimir?

ROSITA. Es que quien ha de redimirme, ha de ser quien me perdió.

JOSE. ¿Aún alientas esperanzas?

ROSITA. Si no las tuviera... ya hubiera muerto.

JOSE. Adiós. Para nosotros lo estás ya.

GERT. Pero vive dentro del corazón de mi hijo. ¡Esta es la desgracia!

ESCENA XIII

Dichos y CHISPA

CHIS. Todo está ya listo. (Sorprendido al ver á Gertrudis y á José.) ¡Carape! ¡Ustedes por aquí? (Señalando á Rosita.) Ya la ven. Ni una marquesa.

JOSE. Te gustaría ver así á una hija tuya?

CHIS. Lo que es sin cura ni juez, no.

JOSE. (A Rosa.) Ya lo oyes. ¡Hasta Chispa!...

GERT. No atiende más que á su afición al lujo. Vamos, es como todas esas... perdidas.

ROSITA. (Con dignidad.) Aun no lo soy: yo me rehabilitaré.

JOSE. Para tí será lo que hagas. Adiós.

GERT. (Marchando.) ¡Pobre hijo mío! ¡Cómo se equivoca!

(Salen José y Gertrudis.)

ROSITA. ¡El único que me comprende! ¡Dios se lo pague!

CHIS. Echemos un remiendo á la cosa?

ROSITA. Dios la arreglará.

CHIS. Si? Pues hasta la vista.

(Coje la espuerta de las herramientas y se va corriendo.)

ESCENA XIV

ROSITA

ROSITA. (Mirando hacia la puerta por donde salieron José y Gertrudis.) Mi corazón va con ellos y yo quedo aquí siendo la mujer más desgraciada del mundo. Cárlos no se alegró al saber que iba á ser padre! ¡Oh! No puede ser que tenga el alma tan dura que me abandone en situación tan crítica... Tendrían mejor corazón las fieras... No... no puede ser... ¡Sin él me sobra la vida!

ESCENA XV

ROSITA y JAIME.

JAIME. Señorita...

ROSITA. ¿Es usted, Jaime?

JAIME. ¿Se siente usted mal? Está usted...

ROSITA. Nada tengo: estoy bien.

JAIME. Pues nadie lo diría. Parece que haya llorado.

ROSITA. Nada de eso.

JAIME. Lo creo, porque tampoco comprendería el motivo. Don Cárlos la tiene aquí instalada como una reina. ¡Qué diferencia vivir aquí ó en aquel pisito de cuatro duros!

ROSITA. Si... es verdad: mucha diferencia.

JAIME. Pues yo lo creo. También yo cambiaría por esta mi situación; es lo que le decía entonces; con la pobreza no se va á parte alguna.

ROSITA. ¿Y sin honra, donde se va?

JAIME. (Aparte y contrariado.) ¡Malo, malo!

ROSITA. A usted solo le veo cuando se aproxima alguna borrasca. ¿A qué ha venido? Diga.

JAIME. Casi para nada: sencillamente á entregarle una carta de Don Cárlos.

ROSITA. ¡Ah! No se engañaba mi corazón! Mensajero del infierno, malvado consejero, deja la carta y sal, sal inmediatamente de mi presencia.

JAIME. Ahí la tiene usted. (Se la da.) Obedezco. (A parte saliendo.) Ya he hecho mi negocio, si no es que también me pague el otro con la misma moneda, porque está visto: en el mundo no hay agradecimiento. (Sale.)

ESCENA ÚLTIMA

ROSITA, sola.

Como late mi corazón! Este papel abrasa mis dedos. ¿Será mi sentencia de muerte? Tantos juramentos, tantas protestas de amor, acabarán en traición, abandono

y realidad afrentosa...! (Va á romper el sobre.) Al abrir esta carta parece que se hace pedazos mi corazón. ¡Bah! Que importa si el dolor me va matando poco á poco? (Leyendo.) «Querida Amanda:»... El nombre de la mujer perdida y que me parecía ayer todo lo contrario. (Volviendo á leer.) «Es preciso, de toda necesidad, que pongamos un compás de espera en nuestras relaciones...» (Dejando de leer.) ¡Un compás de espera! Una eternidad pongo yo desde ahora, (Vuelve á leer.) «Interín, te remito adjunto un talón contra el Banco de...» (No pudiendo leer más.) ¡Eso es la infamia de las infamias! Me trata como á mercancía vil, como si un amor como el mío pudiera pagarse con todas las riquezas de la tierra... ¿Para qué he de vivir ya, si no puede ser mayor el desencanto de mi vida...? Todo, todo lo perdí ya... Solo la idea de la muerte puede consolarme... Moriré... Sí; pero mi vida no es tan solo mi vida... ¡Hijo de mi corazón á quien no han visto todavía mis ojos...! ¡Hijo de la afrenta y de la deshonra...! ¡Hijo mío... de mi... vida!

(Prorumpe en fuerte llanto y cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. La mesa estará puesta como si acabase de terminar la cena.

ESCENA PRIMERA

GERTRUDIS y JOSÈ

GERT. No quisiera que llegasen nunca estos días, pues con los tristes recuerdos que evocan, se avivan los dolores pasados.

JOSÉ. Pienso lo mismo que tu; pero, ¿qué vas á hacer? No siempre hemos de estar llorando lo que ya no tiene remedio.

GERT. Pero has de convenir en que, para nosotros, la vida es una interminable semana de Pasión.

JOSÉ. Ya llegará Pascua, y todo será alegría.

GERT. ¿Tú lo crees?

JOSÉ. ¿Cómo no? Nuestro hijo Juan, tiene magnífica carrera y es además un héroe: la defensa de aquel fuerte le valió la cruz de San Fernando pensionada...

GERT. Pero no se acaba la guerra y quien sabe si no podrá disfrutarla.

JOSÉ. Cuando no le han costado la vida sus actos temerarios prueba es de que nada quiere con él la muerte.

GERT. Así sea y así lo espero. ¡Tantas penas!... Voy á quitar eso.

(Quita el mantel y lo demás que habrá en la mesa.)

JOSÉ. No desesperes jamás: el consuelo de los desgraciados es la esperanza.

GERT. ¿Y si esta falla?

JOSÉ. Entretanto, nada habrás perdido.

GERT. ¿Pero es que tú no la tienes, José?

JOSÉ. Sí; porque fío en la buena estrella de nuestro hijo.

GERT. Sí, buena, en la guerra; pero...

JOSÉ. ¡Bah! Los hombres cambian de sentir cuando cambia su posición.

GERT. Nuestro hijo no cambiará; es más constante, más firme que una roca; en cambio ella, Rosita, ha sido una veleta.

JOSÉ. Llevará la penitencia en el pecado.

GERT. ¡Oh! si solo recayera sobre ella!

JOSÉ. Con su pan...

GERT. Dejemos ya eso.

JOSÉ. Como quieras.

GERT. ¿No ves que lo que á nosotros nos sobra es corazón, y al final seremos quienes paguen los platos rotos? Para quien no lo tiene...

JOSÉ. No te preocupes con profecías, que bien pudieras equivocarte.

GERT. Bastante lo dirá el tiempo y tú no sabrás evitarlo. ¡Bueno estás tú, que en cuanto ves una lágrima ó una injusticia!...

JOSÉ. ¿Y tú? Alardeas mucho, y cuando te encuentras en el caso...

GERT. Sí, lo sé: se me parte el corazón: pero ¿cómo he de remediarlo?

JOSÉ. (Abrazándola.) ¡Pobre madre, es decir; pobre madraza! Por más que digas y quieras aparentar, no hay hiel que amargue en tu corazón. ¡Si te conoceré yo!

GERT. Como yo á tí.

ESCENA II

Dichos y CHISPA

CHIS. (Aparte.) ¡Vaya una pareja de enamorados! (Alto.) Buenas noches.

GERT. Buenas noches. Voy á fregar los platos.

(Recoge lo que hay en la mesa.)

JOSÉ. ¿Qué hay, Chispa?

CHIS. Pues que he leido el periódico y... ¡Rediós cuanto elogio de Juan! No se habla en todas partes más que de él. ¡Oh! llegará á general. Mi enhorabuena señá Gertrudis y á usted señor José.

GERT. Mil gracias... Dispénseme usted. Pronto vuelvo.

(Sale llevándose lo de la mesa.)

ESCENA III

JOSÉ y CHISPA

JOSÉ. Muchas gracias, mi buen amigo. Tu alegría revela tu buen corazón: tú no eres envidioso.

CHIS. ¡Maldito quien conozca la envidia! ¿No se lo ganó, y bien ganao, acaso? Entonces que hay que decir? Que por muchos años lo goce y que ustedes puedan verlo.

JOSÉ. Y puedas tú verlo también con mucha salud.

CHIS. Y pesetas.

JOSÉ. Y trabajo.

CHIS. ¡Bah! Con el trabajo nadie engorda.

JOSÉ. Esta es la ley de la vida. La lucha de la existencia por la existencia, es natural, inevitable y las más de las veces bien dolorosa. La carrera de nuestro hijo, es una espresiva manifestación de esta lucha: ¡figúrate cuantas vidas habrá costado!...

CHIS. Y á él qué? Quien llevó el palo, que lo aguante, déjese usted de tonterías. Y, á propósito: esto hay que celebrarlo. Que venga ahora Jaime á reprochar á usted porque no se ahorcó para librar al chico de la quinta.

JOSÉ. Una cruz de María Cristina y otra de San Fernando; pero la otra...

CHIS. La efectividad de segundo teniente. Hételo aquí ya hecho un caballero oficial. Y que si esto dura algo...

JOSÉ. Pero tú no comprendes que Juan lleva otra cruz aun mayor y que no podrá soportar?

CHIS. Su amor es de aquellos que nos pintan por las historias: amor... á prueba de bomba. Si me pasara á mí—con mi costilla, por su puesto—una cosa parecida á lo de Juan, la borraba del mapa y... ¡pa nunca! ¡Por estas! (Haciendo la cruz.) Y cuenta, que es mi mujer.

JOSÉ. Pues todavía encuentra él razones para excusar la falta de su prima. Todo lo cree hijo solamente de la maldad, de la perfidia de Cárlos.

CHIS. ¿Sabe usted lo que digo? Que esto no prueba más que una cosa: que Rosita nunca amó á su primo Juan.

JOSÉ. Así se habrá de entender al fin.

CHIS. Como lo entenderá todo el mundo.

JOSÉ. Pero Juan dice: «si Cárlos se ha casado con Rosita y la hace dichosa, me conformaré con mi desgraciada suerte: más si, por lo contrario, lo que ha hecho es engañarla, seducirla, perderla y arrojarla al fango del vicio, entonces, ¡ay de él y de nosotros!

CHIS. Si tiene la zarpa como usted, mal año para don Cárlos. De un puñetazo en la cabeza, se acabó su historia. ¿Todavía partiría usted un duro con los dedos?

JOSÉ. Quizá si.

CHIS. ¿Y de Rosita, han sabido ustedes algo más?

JOSÉ. Nada, desde el día aquel que contigo nos encontramos en su casa: y ya sabes que si fuimos fué con el único objeto de ver si lográbamos volverla á la buena senda.

CHIS. Ya es estraño lo que pasó; á mi aquellas lágrimas me afectaron.

JOSÉ. Eran las lágrimas de la vergüenza; no las del arrepentimiento. Por esta razón no hemos vuelto á saber de ella. ¿Quiere caer hasta el fondo del abismo? Que caiga. Traté de detenerla con mi auxilio y...

CHIS. ¡Qué lástima! Y tan bonita como es.

(Llaman á la puerta Chispa va á abrir y aparece el Cartero.)

ESCENA IV

Dichos y el CARTERO, poco después GERTRUDIS

CART. ¿José López?

CHIS. Carta? Venga; (La toma.) ¡es estraño á esta hora!

CART. Es que llegó correo de Cuba.

JOSÉ. Gracias, cartero. (Vase el Cartero.) ¡Querido hijo! (Mirando el sobre.) Viene por la vía de Tampa. (Rompe el sobre y lee.)

CHIS. Buenas noticias, ¿eh?

JOSÉ. (Mientras lee.) Buenas. ¡Oh! ¡Qué sorpresa!

CHIS. ¿Ascendió á general?

JOSÉ. A estas horas está ya en alta mar; vuelve en el correo próximo como escedente de servicio.

CHIS. Esto si que hay que celebrarlo. Nada, nada; me quedo con ustedes, y, como un convidado puede traer ciento, me traigo á la costilla también. ¡Que alegria tendrá la señora Gertrudis, y usted, y yo y mi mujer... ¡Juan aqui! Ahora tendré que hablarle de usted, darle tratamiento... ¡Vaya, hombre alégrase usted!

JOSÉ. ¡Pues si lo estoy!

CHIS. Mire usted. Si me hubiera tocado el premio gordo de Madrid no estaría mas contento. ¡Que de cosas vá á contarnos! (Entra Gertrudis.)

JOSÉ. Gertrudis; Juan...

GERT. ¿Qué? ¿Vuelve?

CHIS. ¿Quien se lo ha dicho?

GERT. La alegria de este... (Por José.) y la tuya... y no se porque más: hace dias que esperaba esta dicha. ¿Y cuando vuelve?

JOSÉ. Está en camino ya, según dice la carta que luego te leeré.

GERT. A ver, á ver: deja que la vea.

JOSÉ. Para qué, sí... (Le dá la carta.)

GERT. ¿No sé leer? Mira. (La besa.)

JOSÉ. Yo no la he besado; recibe tú el beso. (Se lo dá.)

CHIS. ¿Por qué no me avisaban, y hubiera traido á mi mujer? ¿No ven que le dá á uno dentera mirando esas cosas?

GERT. ¿Y por qué no ha bajado?

CHIS. Con eso del *estérico*, ó como se llame, no ha tenido ganas de salir de casa; pero si se le ha pasado ya, celebraremos juntos la vuelta del chico. Yo pongo...

JOSÉ. Tú no pones nada. Este año no queria celebrar la fiesta de los Santos y hasta los chiquillos he mandado á casa de mi hermana: pero...

CHIS. Pues se celebrará: no faltaria mas: vaya si se celebrará; hemos de brindar por la vuelta de Juan. ¿Vamos á comprar las castañas?

JOSÉ. Y mazapan. Traeremos tambien vino añejo.

CHIS. ¡Ah, si! eso que no falte.

JOSÉ. Crei que no te gustaba el vino?

CHIS. El vino... malo; pero el rancio, el moscatel, el...

JOSÉ. No faltarán uno y otro.

CHIS. Que se derrame. En cuanto á mí, hoy pésco una papalina...

GERT. Eso si que no.

CHIS. Alegre, nada mas que un poco alegre: asi de medio pelo. Como no me gusta el vino, con poquita cosa tengo bastante, para hablar mas que un sacamuelas.

JOSÉ. Es decir que tienes buen vino.

CHIS. Cuando lo he bebido, no lo tengo yo: es él que me tiene á mi.

GERT. Ea! ten juicio. Bebe lo necesario; pero sin alegrarte, que es vicio muy feo.

CHIS. Es que en una juerga no sé si me pone asi el vino ó la comida.

JOSÉ. Vamos, pues, á comprar eso?

CHIS. En marcha. No lo dijo usted al sordo ni al perezoso. (A Gertrudis.)

JOSÉ. Nos llegamos á la tienda de la esquina; en un santiamén estaremos de vuelta.

GERT. Que estén bien asadas las castañas. (Salen José y Chispa.)

ESCENA V

GERTRUDIS, con la carta en la mano.

¡Que no sepa yo leer! Qué satisfacción tan grande tendria descifrando estas lineas! Entre estos trazos que no entiendo, me parece que descubriría sus más recónditos pensamientos, la amargura de su alma, el fondo de su corazón. Dice que vuelve, que ya está en camino... ¿Qué proyectos tendrá? Cual será su idea? ¡Pobre hijo mio! «Mientras yo esté en la guerra,—decía al partir,—os dejo mi corazón: volveré después de haber servido á la Patria, y ya no nos separaremos más; viviremos felices amándonos como siempre, compartiendo el pan y las penas; gozando de una dicha que envidiarían muchos ricos»... Lleno de halagüeñas esperanzas, amándose y creyéndose correspondido marchó á la Manigua: amante vuelve, pero desesperado, con el corazón deshecho, por una mujer falsa y desagradecida, y á la que sin embargo no puede olvidar. Tanto como su vuelta me llena el corazón de alegría, me espanta la idea de lo que pueda suceder. Que está loco por ella: que la ausencia ha acrecentado aun su pasión; que la infamia de ella ha encendido en su pecho

el fuego de los celos... cosas son que no pueden ocultarse á una madre: y mucho será que á las lágrimas de hoy no siga el luto mañana... ¡Dios mío! ¿qué podría yo hacer para evitar las desgracias que preveo?

ESCENA VI

GERTRUDIS, JOSÉ, CHISPA

JOSÉ. (Dentro.) Eso, déjalo por mi cuenta.

GERT. ¡Virgen santa, amparadnos!

CHIS. (Dentro.) Bajo enseguida. (Entra José.)

JOSÉ. Ya lo ves. Hoy es día de alegría; no parece sino que se trata de la venida del Espíritu Santo.

GERT. Pero, con todo y esta alegría, que es muy natural, ¿está tranquilo tu corazón?

JOSÉ. Mira si lo está: aquí tienes las castañas, el mazapán, el vino generoso... (Lo va dejando encima de la mesa.)

(Entra Chispa.)

ESCENA VII

Dichos y CHISPA

CHIS. Aquí me tienen ustedes.

JOSÉ. ¿Y tu mujer?

CHIS. Está todavía con el ataque aquel. Ya no le hago caso, pues me pasa con ella siempre lo mismo. Le digo hoy, por ejemplo: «Mira, chica, mañana iremos al concierto de los Coros.» Si? Pues ya es seguro que no vamos: al día siguiente le da el *estirico* dichoso: y entre *estirico*, nervios, ataques y ¡el diablo que... no puedo hacer propósito alguno.

GERT. Pues por qué no la acompañas?

CHIS. Es que su dolencia necesita reposo, descanso. Vea usted. Cuando se le pasa, siempre está de broma.

GERT. Como no teneis hijos...

CHIS. Y crea usted que no es por falta de ganas... En eso me asemejo algo á los ricos. (Llaman á la puerta.) Mi mujer,

sin duda. Ya le habrá pasado aquello y viene indudablemente para comer con nosotros.

JOSÉ. Abre, pues, Gertrudis.

ESCENA VIII

Dichos y ROSITA

GERT. ¡Rosita! (Al verla, se levantan todos mirándola asombrados.)

CHIS. ¡Ella aquí!

JOSÉ. Y Juan de vuelta. ¡Jesús!

ROSITA. (Temerosa y desde la puerta.) ¿Puedo pasar?

GERT. (Resuelta.) Aquí, no. ¡Desagradecida!

ROSITA. Le sobra á usted razón; por eso soy tan desgraciada.

GERT. Pues muérete de vergüenza, y no vengas á hacernos más desventurados.

JOSÉ. (Aparte.) ¡El mismo traje que llevaba antes!

ROSITA. Si la vergüenza, si la pena, si las enfermedades mataran, tiempo ha que hubiera yo muerto. ¡Ni la muerte se mostró piadosa conmigo! Ténganme compasión ustedes, que tanto me han querido.

GERT. No; que la piedad no puede llegar á tanto. Véte; vuelve á revolcarte en el fango de donde sales, y no nos salpiques á nosotros que estamos limpios de toda culpa.

ROSITA. Es verdad; pero el fuego de una fiebre mortal que consumía mi cuerpo, purificaba mi alma. El vertiginoso latir de mi corazón, mandaba torrentes de sangre á mi cérebro, y, ora iluminándolo, ora oscureciéndolo, en tenebroso y deslumbrador vértigo, se me aparecía mi pasado y mi presente. ¡Un pasado de remordimiento; un presente de esperanzas que solo se fundan en la piedad de ustedes.

CHIS. (Aparte.) ¡Pobre chica! Me conmueve.

GERT. Echada al arroyo por aquel... señorito, vienes ahora para perder á mi hijo... Puedes volverte allá donde estabas.

ROSITA. ¿Al Hospital? Si me echaron ya... si dicen que estoy curada... ¡Por qué no habré muerto!

JOSÉ. (Afectado.) ¿Del Hospital?

ROSITA. ¡Pobre tío! ¡Cómo le agradezco su afecto!

JOSÉ. Esplícate. ¿Has estado en el Hospital?

ROSITA. Siete meses, para ocultar al mundo mi deshonra y el fruto de mis ilícitos amores.

GERT. Eso, y una vez terminada la cosa, amparémonos en una familia honrada para volver á empezar. Eso, nunca.

ROSITA. ¡Tía de mi alma! ¡Madre mía! Si yo no he nacido para el vicio. Envilecida y deshonrada, buscaba en la muerte un consuelo á mis penas; pero la vida no me pertenecia á mí sola; pertenecía, también, á otro, que, al venir al mundo, venía ya infamado. ¡Yo debía vivir! Yo no debía ser otra vez y por dos conceptos criminal.

JOSÉ. ¿Qué se ha hecho de tu hijo? Dónde está?

ROSITA. En el cielo... Su único alimento eran mis lágrimas... los remordimientos que me atenaceaban le dieron la vida de un fuego fatuo... ¡y el ángel voló al cielo, no sé si acongojado por mi llanto... ó avergonzado de sus padres. (Llora.)

JOSÉ. ¡Pobrecita! ¡Caro pagaste tu pecado!

ROSITA. ¡Oh, si, porque aun vivo! Porque yo debiera haber muerto, no por lo que diga el mundo, sino para que terminaran mis remordimientos.

CHIS. ¡Lo quisiste así...

GERT. Esta es la historia de todas las perdidas deslumbradas por el lujo ó las riquezas.

ROSITA. Ah! No fué este el origen de mi pecado. Jamás me tentaron ni joyas ni riquezas. Si alguna vez he pensado en las riquezas, ha sido con la única idea de poder recompensar á ustedes, mis segundos padres, lo mucho que por mi han hecho. Solo una pasión insensata, la irreflexión, mi propia maldad y la ajena, me han conducido al miserable estado en que me encuentro. ¿Riquezas? Para qué las quiero? La loca, se enamoró del amor, é irreflexiva, abandonó á ustedes: abandonada á mi vez, me acogí á la caridad de un hospital, y, desde aquella santa casa, vengo á esta no menos santa, donde solicito purgar mis faltas, pidiéndoles perdón y consejo.

GERT. ¿Consejos? Los que quieras, pero véte.

ROSITA. Dónde iré? ¡Los únicos que me han querido me rechazan! ¡Por el amor de sus hijos, ampárenme! Yo no quiero ser tan desgraciada! Yo quiero ser digna, quiero redimirme. (Se arrodilla.) ¡Tío! Por la sangre que corre por sus venas! Acuérdese de que, aunque indigna soy hija de su hermano, y, mi padre le bendecirá desde el cielo.

¡Piedad! ¡Perdón! (José y Gertrudis lloran.) ¡Tía... usted la más ofendida... por la felicidad de Juan... ¡perdóneme! ¡Oh! Si él estuviera aquí!

GERT. ¿Qué?... Tú... ¡Jamás!

ROSITA. Sé que soy indigna de él; pero él tendría compasión de mi. ¡Si me amaba tanto!

GERT. Sí, y tú, como Judas, le vendiste.

ROSITA. (Levantándose.) No es cierto. Fui engañada, pero no me vendí al oro. Aun podría ostentar mi deshonra disfrazándola con galas; prefiero reducirme á mi miserable condición y redimirme por el trabajo y la virtud. Aquí tienen el precio de mi deshonra. ¡Como si á la honra se la pudiera poner precio. (Da un talón á José.)

JOSÉ. (Leyendo.) «El Banco de España pagará al portador la cantidad de treinta mil pesetas que...» Esto es uua infamia. Rosita: tu alma no se ha prostituido. Ven á mis brazos; vuelvo á ser tu segundo padre. (La abraza.) Si grande fué la culpa, grande ha sido el castigo; muchas son las penas que te aguardan, súfrelas resignada, que en la resignación hallarás la tranquilidad. Sé fuerte en tu inmensa desventura, que nosotros te ayudaremos.

Telón.

FIN DEL ACTO TERCERO

EPÍLOGO

La misma decoración del segundo acto.

ESCENA PRIMERA

CÁRLOS, BARÓN, despues CRIADO

BARÓN. Vosotros, los aristócratas del dinero, cuando os tomais empeño, haceis bien las cosas, escepto en algun detalle que os pasa desapercibido.

CÁRLOS. ¿Qué detalle?

BARÓN. En un banquete de despedida de soltero, ofrecido, por quien se casa con una millonaria, á la flor y nata del mundo elegante, si no se quiere incurrir en censuras, no debe descuidarse la cuestión de los vinos.

CÁRLOS. No sé que más quieres. Hay vinos del Rhin, Bordeaux, Chateau-Margaux, Madeira, Lácrima-Christi, Jerez, Sauternes, Champagne de la Veuve-Clicot... licores de legitima marca...

BARÓN. Si, pero ninguno de ellos con la respetable antigüedad de treinta años. Naturalmente; te has dirigido á un colmado y tomaste lo que te dieron; pero yo subsanaré tu falta. ¿Tienes aqui á tu criado?

CÁRLOS. Si.

BARÓN. Pues, que se venga conmigo, futuro marido, y se traerá vino del Rhin auténtico del año mil ochocientos siete.

CÁRLOS. Se te agradece. Eres espléndido como el Duque de Osuna.

BARÓN. Lo tengo en la sangre como él lo tenia y aun me parece que tambien á mí me liquidará algun Banco de Castilla ó de cualquier parte.

CÁRLOS. Lo dudo; tus rentas son inagotables; haciendas, fincas, censos, señorios... y en perspectiva, además, herencias.

BARÓN. En ello confio, entonces me casaré.

CÁRLOS. ¡Casarte tú! Me rio yo...

BARÓN. Y por qué? No te casas tú? No estabas mas enredado que yo?

CÁRLOS. ¿Más que tú?

BARÓN. Si, más. Esta casa en que nos hallamos es de ello testigo. Jamás he llegado yo á tanto: mis amores han sido siempre aves de paso. Y, á propósito: ¿que se hizo de aquella?..

CÁRLOS. Pues, chico, pasa la cosa más estraña que puedas imaginarte. Le mandé, como ya sabes, un talon de seis mil duros contra el Banco, y esta es la hora en que no se ha hecho efectivo aun. Cuando ya se había marchado ella, me encuentro esta casa en el mismo que antes; como si la tal mujer viviera aun aqui: ropas, muebles, alhajas, todo lo dejó intacto.

BARÓN. ¿Y alguna carta?

CÁRLOS. Nada.

BARÓN. Pues es estraño. ¿Y no sabes qué le ha pasado, ni donde está?

CÁRLOS. Nada. Creí que estaría en la casa de sus tios... pero no fué alli. Y por más que Jaime ha indagado, no ha podido averiguar.

BARÓN. No me estraña: es muy estúpido el tal Jaime: no sé porque le tienes á tu servicio.

CÁRLOS. En cuanto me case, lo despido; no sirve para nada.

BARÓN. Un Ciutti auténtico, no ha de tener cara de lacayo: ha de ser fino, listo; ha de ser, cuando convenga, rumboso como un hidalgo; no avaro como un judio.

CÁRLOS. El tipo que pintas, desapareció ya. Hoy cada cual lo hace todo con su cuenta y razón.

BARÓN. Cosa que les hace á tales servidores mas repulsivos todavía. Son unos degenerados.

CÁRLOS. No creas; son previsores. Mañana...

BARÓN. ¿Quien piensa en mañana?

CÁRLOS. Todos los que quieren huir de las privaciones y la miseria.

BARÓN. Que nos sirvan bien y nada les faltará, pues les pagamos

generosamente los servicios que nos prestan. Tú mismo, di si te cuesta ó no el capricho por la moza que has dejado: unos miles de duros para conquistarla y seis mil para abandonarla. Ni un príncipe haria lo que tú. De seguro que tu papá no pagaria de ese modo.

CÁRLOS. El empezó nuestra fortuna.

BARÓN. Y tú... la disfrutas y derrochas; haces bien, es lo único qué sacarás de este mundo...

CÁRLOS. Es que no todo es gastar como te figuras; he ganado tambien mucho dinero.

BARÓN. Por ley de herencia: nada has hecho que sea extraordinario: te amoldaste al medio ambiente que respiras. Al revés que yo: no sé como se pueda ganar un cuarto fuera del juego; y no vayas á figurarte que me seduzca la ganancia, no; lo que me atrae tan solo, es el gusto de ganar.

CÁRLOS. A nosotros nos atraen irresisteblemente la industria, la banca...

BARÓN. ¡Ta, tá, tá! Poco os importa la industria cuando la llevais un siglo atrasada y comprais las máquinas, cuando ya no sirven en el extranjero. No os guia más idea que las exorbitantes ganancias que realizais. ¿El verdadero atractivo? Los balances con beneficio del setenta por ciento y el dogal que echais al cuello del infeliz que de una manera ú otra necesita de vosotros. Seamos francos, chico.

CÁRLOS. Dejémoslo, porque tú no entiendes de eso. El negocio...

BARÓN. Si, carece de entrañas: ya lo sé; terminemos. ¿Donde está tu criado?

CÁRLOS. Le llamaré. (Toca el timbre y aparece el criado)

CRIAD. ¿Manda algo el señorito?

CÁRLOS. Si; acompaña al señor Barón. El te dara un encargo que me traerás aqui ensegida.

BARÓN. Adios, afortunado mortal. ¡Lástima que tengas que morir!

CÁRLOS. Bah!... ¿Quien se acuerda de la muerte siendo joven?

BARÓN. Y rico: pero á la impacable Parca, no se la compra.

CÁRLOS. Eres un misántropo; mejor dicho, un...

BARÓN. (Riendo.) Un chiflado. Adios.

CÁRLOS. Adios... iluminado. Toma mi coche.

(Se marchan el Barón y el Criado.)

ESCENA II

CÁRLOS

Una broma del Barón. Le tienen por iluminado... No creo que lo sea más que cuando ha bebido... y ahora no lo ha hecho aun. Está loco. ¡Recordarme que he de morir! Como los frailes trapenses: «morir habemos». ¡Bah! ¿Por que me preocupo por esa broma macabra?

ESCENA II

CÁRLOS y JAIME

JAIME. Con su permiso, don Cárlos.

CÁRLOS. ¿Usted Jaime? Qué ocurre?

JAIME. Vengo á darle una mala noticia,?

CÁRLOS. ¿Una mala noticia?

JAIME. Rosita anoche fué á casa de su tío.

CÁRLOS. ¿Y eso, qué? Donde tenia que ir, no quedándose aquí?

JAIME. Es que temo que José trate de vengarse de la mala pasada que usted le hízo.

CÁRLOS. ¡Como se entiende! ¿Y es usted quien me habla asi?

JAIME. Veo que no me esplico bien, ó no me comprende: pero téngalo presente y sírvale de aviso. José se convierte en en fiera, cuando se trata de lo que atañe á su familia; no hay quien le detenga.

CÁRLOS. Es usted muy estúpido. Despues de tanto tiempo, se le va á ocurrir ahora el querer vengarse?

JAIME. Es que tal vez pensaba...

CÁRLOS. ¿Que me casaria con ella?

JAIME. Supongo que así lo contaría ella... porque yo nada sé.

CÁRLOS. ¡Vaya! Ya está usted aquí de más.

JAIME. (Aparte.) Miserable! Asi paga el diablo á quien bien le sirve. (Se vá.)

ESCENA IV

CÁRLOS

En mi vida he visto hombre más repugnante. José es un verdadero carácter: pero de qué le sirve si el mal ya está

consumado? Además que enterado de la cantidad que dí á Rosita, de la que puede aprovecharse, que sí se aprovechará, se encojerá de hombros y como si nada hubiera pasado. Seis mil duros no son una bicoca, y menos para ellos, que jamás tuvieron una peseta. Un buen parche de billetes de Banco en todas las enfermedades acostumbra ser calmante eficaz. El honor!... El honor es el caballero más acomodaticio, mientras no se cayga en las redes del Código penal. Con que el pez sepa escurrirse como una anguila, ya está á salvo el honor y la sociedad da entonces al listo la patente de hombre honrado. Ella, era ya mayor de edad... tenia el sufriciente raciocinio para saber lo que le convenia... se vino á vivir á esta casa á mis espensas... Pues ante la Ley, es una de tantas meretrices. Cuanto se diga en contra, es música celestial, tonterias pasadas ya de moda y ridículas... Sin embargo... estas reflexiones que me hago y quiero creer ciertas, no apartan de mi mente ni la estúpida broma del Barón... ni las emanazas de José contra mí, si he de dar crédito á lo dicho por Jaime. ¡Bah! bah! No soy supersticioso ni creo en brujerias; de hombre á hombre...

ESCENA V

CÁRLOS y JOSÉ

JOSE (Que ha oido las últimas palabras de Cárlos.) Según y como, va mucha diferencia.

CÁRLOS. (Sorprendido.) ¿Usted aquí? ¿Qué quiere?

JOSÉ. ¿Yo...? Nada: vengo á devolverle á usted este papel que le valdrá seis mil duros; á nosotros nada puede valernos. Mi sobrina no quiere de usted ni el recuerdo, porque le avergonzaría, como debiera avergonzar á usted su propia conducta.

CÁRLOS. Estoy en mi casa y advierto á usted que no tolero insultos.

JOSÉ. ¡Oh! También estaba yo en la mía, y, venía usted á ella para que le ayudara á eludir la responsabilidad criminal que su padre contrajo con motivo de la explosión de la caldera. Aprovechándose de mi situación, de la debilidad mental que sufría, hizo que apareciera yo como el único responsable de la catástrofe... Y usted en *justo agradeci-*

miento sedujo á mi sobrina; la sacó de mi casa con palabra de casamiento, y, cuando se hastió de ella ó no le convino, sea por lo que fuere, la abandonó miserablemente. Yo no obro nunca como usted, ni vengo en son de guerra. Vengo solamente á devolverle este talón... que no le arrojo á la cara como merece... (Cárlos hace un movimiento de corage.) Sí; como usted merece y debiera yo hacer. Tras de lo cual voy á proponerle una paz que juzgo indispensable á usted y á nosotros.

CÁRLOS. ¿Qué quiere usted, pues?

JOSÉ. Una cosa muy sencilla. Primero que recoja de nuevo este talón; convénzase de que los desheredados de la fortuna, á falta de esta, hemos heredado otra cosa mejor y que no cuesta lágrimas á nadie. ¿Sabe usted lo que es? Pues es la honra, que no vendemos á nadie; si acaso, nos la roban... como hizo usted con mi sobrina. Tome usted ya ese dinero.

CÁRLOS. (Con desdén.) Si no lo quiere usted lo rasga.

JOSÉ. Es que no lo quiero, y si no lo toma de mi mano tal como salió de la suya... tómelo así. (Se lo arroja á la cara.

CÁRLOS. (Amenazándole.) ¡Ira de Dios!

JOSÉ. (Cogiendo á Cárlos por un brazo.) Aquí no hay más ira que la mía, harto tiempo ya contenida, y que si rompe la valla que la contiene, le ha aplastará como á un asqueroso reptil.

CÁRLOS. (A media voz.) ¡Estoy perdido!

JOSÉ. Heredé de mis padres tan solo pobreza, pero honrada. En mi familia, nadie ha tenido que ver con jueces ni alguaciles. Pero la fatalidad, ó el infierno personificado en usted nos lanzan por ese camino.

CÁRLOS. (Con desdén.) Pues acudir á ellos, si se juzga que hay porque.

JOSE. ¿Y devolverán ellos la honra á mi sobrina? De sobra á usted le consta que no puede suceder ni una ni otra cosa.

CÁRLOS. Diga usted, pues, que puedo hacer en su obsequio.

JOSE. Así, tal vez nos entendamos. Poca cosa: salir de España.

CÁRLOS. Eso es una imposición...

JOSE. Déle usted el nombre que guste: pero crea usted que el compás de espera que pedía usted á Rosita, es hoy más necesario que nunca. Ella accedió para siempre: ponga usted por su parte tierra de por medio: no puede ser más lógico lo que pido: servicio por servicio.

CÁRLOS. Esto es violentar mi voluntad con encubiertas amenazas. Sin embargo, estoy dispuesto á todo con tal de que no se extremen las cosas.

JOSE. Acceda á lo que le pido. Mire usted que en ello le va la vida.

CÁRLOS. Nada concedo con amenazas.

JOSE. (Conteniéndose.) Sin... amenazas, ¿qué concede usted?

CÁRLOS. Doblo la cantidad.

JOSE. (Amenazador.) ¡Si vuelve á hablarme de dinero para comprar mi conciencia... le pongo una mordaza que no le permitirá hablar más.

CÁRLOS. Pues qué se me exige? Tal vez que me case con Rosita?

JOSE. ¡Nunca! Es usted indigno de ella, por más que esté envilecida. Pero usted bien sabe de qué medios se valió el seductor infame para perderla. Invocó... hasta la sagrada memoria de su madre para lograr su propósito.

CÁRLOS. Esto es una impostura.

JOSE. Calle usted ó le arranco la lengua. No infame usted á aquella alma tan inocente como desventurada. Sobra ya con lo pasado; respete al menos á su víctima.

CÁRLOS. Pues no sé que quiere usted. Trato de darle toda clase de esplicaciones...

JOSE. ¡Si no puedo espresarme con más claridad! Que salga usted de España.

CÁRLOS. ¡Esto es imposible! Abandonar la patria, la familia...

JOSE. No blasfeme usted. Ni á una ni á otra conocen ustedes. ¡La patria!... Les sirve solo para explotarla con sus indignas especulaciones... ¡La familia!... Deje usted que me ría. Si tuviera que formarme opinión de ella por lo que á ustedes atañe, fuera muy pobre el concepto de la consideración, del respeto que se guarda á la familia. Para esplicar su anómala conducta, se excusó usted con su padre... y no me diga también que no, porque esto me lo dijo á mí. ¿Se acuerda? Después para conseguir lo que de otro modo era imposible, juró usted por la memoria de su madre casarse con Rosa: se lo repito porque es el evangelio.

CÁRLOS. (Aparte.) ¡Qué tormento!

JOSE. En fin, para terminar. A usted le consta en la situación que abandonó á Rosita. Y ni aun hasta ahora se le ha ocurrido preguntar por su hijo, por la suerte que le ha

cabido á aquel desgraciado ser, carne de su carne y sangre de su sangre!

CÁRLOS. Dígame usted que fué de él?

JOSE. ¿Para qué? Para lo que á usted le importa!... A los hijos de un padre como usted si la mala educación no les ha embrutecido, se avergüenzan de su origen por elevada que sea la posición del padre. Ya ve usted pues lo que para usted significan la patria y la familia. (Pausa.) En fin; ya sabe lo que exijo. Márchese enseguida.

CÁRLOS. No me voy; y sepa usted que estas amenazas, repetidas delante de testigos, le costarán un disgusto.

JOSE. ¡Bah! Cárcel por amenazas de muerte! Estoy dispuesto á ir allá, pero no por tan poca cosa. Le dije antes que jamás he sido procesado y no quiero que lo sea tampoco mi hijo: por esto aconsejo á usted que se vaya. Usted, yo y todos ganaremos con ello, porque mi hijo, que regresa de Cuba, le buscará y le matará en justa venganza de la afrenta que nos ha inferido, y, por haberle robado el cariño de su amada.

CÁRLOS. Que venga: no me da miedo.

JOSE. A mí si que me lo da el que, por un canalla como usted, pierda con su libertat, la carrera que tantos afanes y sangre le cuesta. Bastantes lágrimas y desesperación hubo ya en nuestra familia por su causa: evite usted que sea mayor nuestra desgracia... Ahora ya nada le exijo... se lo suplico... se lo ruego...

CÁRLOS. Ni transijo con ruegos ni con amenazas. Espero á su hijo con ánimo sereno.

JOSE. Repito que le vá á usted la vida en ello.

CÁRLOS. ¡Bah! también irá la suya!

JOSE. (Enfurecido.) Eso no, que entre él y tú, juego la mia primero.

CÁRLOS. ¿Trata usted de asesinarme?

JOSE. Ni llevo armas, ni las necesito. Me basta con lo justo de mi causa y la conveniencia de todos para que sea aceptado mi consejo, y lo aceptará usted.

CÁRLOS. Acepte usted mi oferta. Doblo una vez más la indemnización.

JOSE. ¡Miserable! (Se le echa encima agarrándole por el cuello.)

CÁRLOS. (Con voz ahogada.) ¡Socorro!!

JOSE. Sin soltarle.) Tambien te lo pido yo y me insultas.

(Convulso, afloja las manos y Cárlos cae tendido en tierra. José que-

da aterrado.) ¡Muerto! ¡Oh fatalidad! (Desesperado.) ¡Estos dedos de acero que fueron hasta hoy el sosten de mis hijos, se han convertido en criminales para defenderles...

(Tratando de serenarse.)

El contaba con la impunidad que le concedia la Ley... ¿Y yo?... Yo tan solo cuento con la justicia de mi causa escarnecida por un hombre sin entrañas, y me veré desamparado por la sociedad, que no querrá ver en mi al hombre digno y honrado, que tiene el valor de sus actos ante la muerte!...

ESCENA ÚLTIMA

Dichos; BARÓN y CRIADO, con botellas de vino.

BARÓN. (Entrando con el Criado.) No te quejarás... (Sorprendido.) Ese hombre!.. ¿Y D. Cárlos?

JOSE. (Señalando el cadáver.) ¡Aqui!

BARÓN. ¡Muerto!

CRIAD. ¡Asesino!

JOSE. ¡Nunca!

BARÓN. ¿Quien le mató?

(Repara en el talon del Banco y lo recoje y guarda.)

JOSE. Yo.

BARÓN. Es usted el tio de Rosita?

JOSE. Si: de su víctima.

BARÓN. ¡Insensato! ¿Qué hizo usted?

JOSÉ. He arrancado el cáncer que había echado raices en mi familia... He hecho justicia con él... (Con valentia.) Ahora... que la sociedad la haga conmigo. Espero tranquilo su fallo. (Telon.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS CATALANAS

ORIGINALES DEL MISMO AUTOR

Deliri de grandesas, drama en tres actos y en prosa catalana, estrenado en el teatro Principal de Barcelona, la noche del 2 de Octubre de 1897.

Ángela, drama en tres actos y en prosa catalana, estrenado en el teatro de Romea, la noche del 26 de Noviembre de 1898.

Tant tens tant vals, comedia en un acto y en prosa catalana, estrenada en el teatro de Romea, la noche del 2 de Octubre de 1899.

En lo ball de la Candelera, juguete en un acto, estrenado en el teatro del «Niu Guerrer,» la noche del 2 de Enero de 1899.

INÉDITAS

El vot d' una morta, comedia en tres actos y en prosa catalana.

En Joseph Valldaura (Los Desheredados,) en prosa catalana.

Un marit modelo, comedia en un acto, en prosa catalana.

OBRAS CATALANAS

ORIGINALES DEL MISMO AUTOR

Deliri de grandesas, drama en tres actos y en prosa catalana, estrenado en el teatro Principal de Barcelona, la noche del 2 de Octubre de 1897.

Ángela, drama en tres actos y en prosa catalana, estrenado en el teatro de Romea, la noche del 26 de Noviembre de 1898.

Tant tens tant vals, comedia en un acto y en prosa catalana, estrenada en el teatro de Romea, la noche del 2 de Octubre de 1899.

En lo ball de la Candelera, juguete en un acto, estrenado en el teatro del «Niu Guerrer,» la noche del 2 de Enero de 1899.

INÉDITAS

El vot d' una morta, comedia en tres actos y en prosa catalana.

En Joseph Valldaura (Los Desheredados,) en prosa catalana.

Un marit modelo, comedia en un acto, en prosa catalana.